

STAR WARS

BOBA FETT

THE FIGHT TO SURVIVE

A CLONE WARS NOVEL

TERRY BISSON

 SCHOLASTIC

Star Wars

Boba Fett

Libro 1 (de 6)

La lucha para sobrevivir

Título original: The Fight to Survive

Autor: Terry Bisson

Traducción al español realizada por alphacen

Capítulo 1

Lluvia.

Algunos la odian.

Otros la aman.

Y algunos, como Boba Fett, apenas pueden recordar un momento sin ella.

Se presupone que el agua es un elemento raro en la galaxia. “Pero eso es algo que no deben haber conocido nunca en este planeta.” Pensó Boba.

Caía formando una cortina, día y noche, cubriendo todo el planeta, el cual es todo mar excepto algunas ciudades situadas en plataformas.

El mundo se llama Kamino. La ciudad donde vive Boba con su padre se llama Tipoca City.

Vivían, más bien. Porque esta es la historia de cómo y por qué se marcharon, y qué es lo sucedió después de que se marcharan.

Ya debéis oído hablar de Boba Fett padre. Él era un cazador de recompensas. El más fiero, rápido y temido cazador de recompensas de la galaxia.

Boba Fett era el chico que permanecía en la sombra o a su lado. O de forma más usual, en ambas posiciones.

Cuando era afortunado, era así. Cuando su padre lo llevaba consigo. Lo que era casi siempre. Boba tenía diez años, estaba cerca, pero no era lo suficientemente mayor como para vivir solo.

A Boba le gustaba ir con su padre. Visitando nuevos planetas, experimentando la fría emoción del salto al hiperespacio. Y de tanto en tanto tenía la oportunidad de coger con sus manos los controles de la nave de su padre, pequeña pero mortal, el Esclavo I.

Un cazarecompensas es un fuera de la ley, un rastreador –y a veces un asesino– que se alquila. No le daba ninguna importancia a quien era su objetivo, o de dónde estaban huyendo, o porqué huían. El trabajaba para el mejor postor, lo que significaba trabajar para los seres más ricos y más fuera de la ley de la galaxia. No se hacían preguntas.

Ser el hijo de un cazador de recompensas significa mantener tu boca cerrada y tus ojos bien abiertos.

Eso no era ningún problema. Boba Fett estaba orgulloso de su padre y de lo que hacía.

"Soy el hijo de un cazador de recompensas," podía decirse a sí mismo orgullosamente. El motivo de que se lo dijera a sí mismo, era que no había nadie más a quien decírselo.

No tenía amigos.

¿Cómo puedes tener amigos cuando vives y viajas en secreto, entrando y saliendo de los planetas, evitando la policía, a la seguridad y a los entrometidos de los Caballeros Jedi?

Un cazador de recompensas debía estar siempre preparado para ir a cualquier lugar a enfrentarse a cualquier peligro. Ese era el código de Jango Fett, las reglas con las que vivían.

Boba Fett tenía para sí mismo, un código personal más pequeño. El hijo de un cazador de recompensas debía estar siempre preparado para ir con su padre.

Cuando cumplió los diez años, Boba ya había visto muchos más planetas que mucha gente adulta. Lo que nunca había visto era el interior de una escuela (ya que nunca había pisado una). Lo que tampoco había visto era la sonrisa de una madre (ya que tampoco tenía una). Y lo que no había oído nunca era la risa de un amigo (porque él no tenía amigos).

Pero que no hubiera ido a la escuela no significaba que Boba fuera un estúpido o un ignorante

Había siempre libros. Libros para llevar a los viajes; y libros para leer en Kamino. Podía conseguir todos los libros que quisiera (“Déme solo dos, por favor”) de la pequeña librería al final de la calle en Tipoca City.

La librería era tan solo una ranura en una puerta, pero cuando Boba picaba el timbre, el librero sacaba nuevos libros y cogía los que Boba devolvía, hubiera leído o hubiera dejado de lado porque los considerara aburridos.

El librero, Whrr, era como un amigo. Un amigo que Boba nunca había visto en realidad.

Boba no tenía idea de que apariencia tenía Whrr, —o si era una persona o no—. Tan solo era una ranura en la puerta de una librería. De hecho, Boba

creía que Whrr podía ser un androide, desde que podía oír los zumbidos y chasquidos cuando estaba cogiendo libros o holojuegos.

Muchos libros.

A Whrr no le gustaban los holojuegos. “Usa tu imaginación” decía él.

“Encuentra las fotografías por ti mismo” “Encuentra la música que hay en cada objeto”.

Boba lo aceptaba. Le gustaban los libros porque las imágenes que creaban en su mente eran mejores que las que creaban los holojuegos.

Boba había oído hablar de los amigos en los libros.

Montones de libros sobre amigos. Amigos compartiendo aventuras, haciendo descubrimientos, o simplemente saliendo por ahí.

A veces Boba hacía ver que tenía amigos (hacer ver es un modo de desear).

Pero la voz de su padre estaba siempre presente en su cabeza. “Boba, tienes que permanecer sin ataduras. Recuerda, nada de amigos o enemigos. Tan solo aliados o adversarios.”

Esos refranes pertenecían al código de Jango Fett. El padre de Boba tenía montones de refranes que sacaba de su código.

No obstante, Jango Fett tenía una amiga. Ella también era una cazadora de recompensas. Su nombre era Zam Wesell.

Zam podía ser preciosa pero también era mala. Le gustaba ser mala. Le gustaba leer libros sobre famosos fuera de la ley y batallas sangrientas.

Fue Zam quién aconsejó que Boba debería leer, aunque ella no leyera mucho. “¿Quieres aventuras? Lee libros.” Decía Zam. “Cuando te canses de la aventura, tan solo tienes que cerrar el libro. Mejor que la vida real.” El padre de Boba no leía mucho. “¿Libros? Una pérdida de tiempo.” Decía

“Lee mapas, Boba. Instrucciones. Avisos y material importante.” Boba leía todo lo que decía su padre –pero él prefería leer libros–.

Especialmente libros sobre droides y naves espaciales, todo aquel material que considerara que algún le serían de utilidad.

Algunas veces Boba pensaba que Zam le había contado que leyera libros tan solo para que su padre pensase que era una pérdida de tiempo. A Zam le gustaba pinchar a Jango.

Zam era una cambiante, una Clawdite. Ella cambiaba la forma de su cuerpo de una forma a otra, dependiendo de la situación.

Las madres no hacían eso, Boba estaba completamente seguro. Él había leído sobre madres en un libro, y sabía cómo eran aunque nunca se hubiera encontrado con una.

Una madre parecía algo interesante de tener.

Una vez, cuando él era pequeño, le preguntó a su padre cómo era su madre.

"Tú nunca tuvistes una," dijo su padre. "Eres un clon. Lo que significa que tú eres mi hijo. Nadie más, ninguna mujer está involucrada."

Boba cabeceó. Eso significaba que era exactamente como su padre, Jango Fett. Eso significaba que era especial.

Aunque, a veces, en secreto, deseara haber tenido una madre.

Boba y su padre vivían en Kamino porque Jango Fett tenía un trabajo que hacer allí. Estaba entrenando un ejército especial de super soldados para un hombre llamado conde Tyranus.

A Boba le gustaba observar los soldados, alineados en largas filas, marchando bajo la lluvia. Nunca se cansaban y nunca se quejaban, todos se parecían... a su padre, pero más joven. Tal y como era Boba, pero un poco mayores que él.

"Son mis clones," le dijo Jango Fett una vez cuando era pequeño.

Era lo que Boba había estado esperando oír. Pero le dolió. ¿Cómo yo?"

"No como tú," dijo Jango Fett. "Tan solo son soldados. Crecen el doble de rápido, tan rápido que solo viven la mitad de lo que les correspondería. Tú eres el único clon real. Tú eres mi único clon real."

"Entiendo," dijo Boba. Se sintió mejor. Aunque no pudo ver marchar más a los clones. Y ya no pudo sentirse tan especial como se sentía antes.

Tyranus era un hombre mayor, con una larga y delgada cara, con los ojos como los de un águila.

Boba no lo había visto nunca en persona –tan solo en hologramas cuando daba instrucciones a Jango Fett, o preguntaba sobre el progreso del ejército clon.

Jango lo llamaba “Conde” y era siempre muy respetuoso con lo que le decía. Pero eso no significaba que le Boba le gustara.

Ser respetuoso con los clientes. Eso también era parte del código de Jango.

Una noche Boba escuchó a Boba y al conde hablar sobre un nuevo trabajo en un planeta lejano.

El conde le dijo a Jango que el trabajo podía ser peligroso.

Que fuera peligroso nunca había detenido al padre de Boba, por supuesto.

Más tarde Boba se preguntó si el conde había aumentado el peligro para asegurarse que Jango aceptaría el trabajo.

Nunca lo puedes saber con los mayores.

Jango estuvo de acuerdo con coger el trabajo. Le contó al Conde que se tendría que encontrar con la nave de Zam para ir hasta allí.

Boba sonrió cuando lo escuchó. Si se iban los dos, significaba que él seguramente también iría. Pero no tendría tanta suerte.

A la mañana siguiente, Jango Fett se introdujo en la armadura de combate y le contó a Boba que él y Zam se iban de viaje.

"¿Yo también?" preguntó Boba esperanzado.

Jango negó con la cabeza. "Lo siento, hijo. Pero vas a tener que quedarte solo en casa.

Boba se quejó.

"Un cazador de recompensas nunca se queja," dijo Jango, con el tono de voz reservado para su código. "Y tampoco lo hace su hijo."

"Pero..."

"Ningún pero, hijo. Este es un trabajo especial para el Conde. Zam y yo tenemos que viajar rápido y ligeros de carga."

"Soy rápido," dijo Boba. "¡Y soy ligero!"

Jango Fett sonrió. "Un poco ligero," le dijo, le dio unas palmaditas a Boba en la cabeza. "Ya eres lo suficientemente mayor como para valerte por ti mismo. Tan solo será por unos pocos días."

A la mañana siguiente Boba se levantó solo en el apartamento. Solo en casa —pero no completamente solo.

Su padre le había dejado un bol con cinco ratones-marinos y una nota:

“Estaremos de vuelta cuando se hayan acabado”.

Los ratones-marinos podían vivir tanto dentro o fuera del agua. Eran increíblemente bonitos, con grandes ojos marrones y pequeñas patas que se volvían aletas cuando se introducían dentro del agua.

Y también eran increíblemente buenos para comer... siempre y cuando fueses una anguila.

La mascota marina de Jango era una anguila que vivía en una pecera en su habitación.

Capítulo 2

Boba descubrió que le gustaba estar solo en casa.

El apartamento era todo para él. Tres platos salían del procesador de comida cada día, calentados en su punto justo.

Boba podía ir y venir a su gusto. Podía ir hasta el espaciopuerto, admirar los esbeltos cazas e imaginar a sí mismo a los mandos. Podía hacer ver que era un cazador de recompensas y “rastrear” a gente incauta en la calle. O, cuando acababa cansado de la lluvia sin fin, podía resguardarse y ponerse a leer en su sofá.

Y tampoco estaba siempre solo. Cuando Boba estaba con su padre, éste rara vez hablaba. Pero cuando Boba estaba solo podía oír la voz de su padre en todo momento. "Boba haz esto. Boba haz lo otro."

Era como tenerlo a su alrededor. Mejor de hecho.

* * *

Los dos primeros días fueron fáciles. Tres días más, y Yango y Zam estarían de vuelta. ¿Y cómo lo sabía Boba?

Tan solo quedaban tres ratones-marinos. La anguila se comía uno cada día.

Cada mañana Boba cogía un ratón-marino fuera del bol y lo introducía en la pecera de la anguila.

La anguila no tenía ningún nombre, tan solo “anguila”.

A Boba no le gustaban sus pequeños ojos y su enorme boca. O la forma en que se tragaba al pequeño ratón-marino de un trago, entonces lo digería

muy lentamente, llevándole todo el día.

Era escalofriante.

Normalmente era Jango Fett el que daba de alimentar a la anguila Pero ahora era el trabajo de Boba. La nota lo decía todo: “Estaremos de vuelta cuando se hayan acabado.”

Boba sabía que era muy importante para su padre que su hijo aprendiera lo que era necesario, aún cuando fuera escalofriante. Aún cuando fuera cruel.

Que un cazador de recompensas debía permanecer libre de cargas era uno de sus refranes. Otro era: “la vida se alimenta de la muerte”.

A la tercera mañana, cuando Boba se levantó y empezó a calentar su desayuno, aún quedaban tres ratones-marinos.

Decidió separar uno. Le daba pena un ratón-marino con sus grandes ojos marrones. ¿Qué sucedería si le daba a la anguila su desayuno o la mitad de él?

Podía oír la voz de su padre en su oído. Varía tus rutinas. Los patrones son trampas.

"De acuerdo, padre," dijo Boba.

Boba dividió su desayuno en dos partes y dejó caer la mitad en el tanque de agua de la anguila. En un instante desapareció.

Se fue hasta la pecera y cogió una de los ratones-marinos. El ratón-marino no se resistió, Boba lo agarró de sus patas diminutas con sus dedos.

Tal vez supiera que iba a utilizarlo para alimentar a la anguila, pensaba Boba. Pero no, cada uno de los otros lo habían mirado de la misma manera, justo antes de dejarlos caer en el tanque de la anguila.

Sin embargo, éste tiene algo distinto, pensó Boba, tengo que dejarlo ir, pero lo puedo hacer de otra forma. Lo voy a dejar en libertad.

Ese era el plan, de todos modos.

Boba dejó al pequeño ratón-marino en la sala, cogió el turboascensor para bajar hasta el patio que había tras su apartamento.

Lo dejó ir en el jardín. "Hasta pronto, pequeño ratón-marino," le dijo. "Eres libre."

El ratón-marino miró a Boba, más aterrado que contento. Seguramente desconocía lo que era la libertad. Pensó Boba. Boba le dio un empujón con la punta de los dudas y la pequeña criatura desapareció entre los altos tallos de la hierba. Pequeños movimientos de la vegetación le indicaban hacia donde se dirigía.

Entonces un movimiento de mayor intensidad se dirigió hacia él.

Boba escuchó un pequeño grito y entonces se hizo el silencio.

Capítulo 3

Esa tarde fue a la librería. Siempre le hacía sentirse mejor ir a la librería.

Bueno, no siempre, pero lo solía lograr.

Colocó los libros que estaba devolviendo en la ranura. La luz se encendió y Whrr zumbó y chirrió. "¡Boba!" le dijo, "¿Cómo te sientes?"

"No muy bien," le dijo Boba. Le contó a Whrr lo que le había sucedido con el pequeño ratón-marino.

"No ha ido bien," estuvo de acuerdo Whrr, "Pero al menos lo has intentado.

Supongo que la vida es dura para los débiles y los seres pequeños.

"¿Cómo es que dices que lo supones?" Preguntó Boba "¿No lo sabes?"

"En realidad no," dijo Whrr. "Ese es el motivo por el que permanezco aquí, apartado del mundo." Con un zumbido cambió de un tema a otro. "¿Estás preparado para nuevos libros? ¿Ya has acabado los que tienes?"

"Casi," dijo Boba. "Me gusta leer sobre navegación y vuelo de naves espaciales."

"Estás leyendo cada vez más rápido," dijo Whrr, pasando los nuevos libros a través de la ranura. "Eso es bueno!"

"¿Y por qué es bueno?"

"¡Podrás leer más libros!"

Boba tuvo que reírse.

"¿Por qué te ríes?" Preguntó Whrr. Se le notaba un poco ofendido.

"Mi padre dice, que si eres un piloto, todo te parece como si fuera una nave espacial." Dijo Boba.

"¿Entonces?"

"Entonces, Whrr, si todo el mundo tuviera tus mismos gustos, todo el mundo leería libros."

"¿Entonces? No soy capaz de entender que tiene de gracioso," dijo Whrr, con un chasquido desaprobador.

"¡No importa, te veo luego!" Dijo Boba, cogió los libros y salió corriendo.

Hora de dejar ir otro ratón-marino.

Boba se levantó determinado a hacer lo correcto. Le daría a la anguila todo su desayuno. La anguila se lo comió en un único bocado.

Quedaban solo dos ratones-marinos en el plato. Los dos le miraron con sus pequeños ojos marrones suplicándole.

"Os voy a dejar ir," dijo Boba a la vez que cogía uno. "Pero no voy a daros a la anguila para que os coma. Os voy a haceros libres, pero de verdad." Cerró la puerta de su apartamento y cogió el turboascensor hasta la calle.

Escondió el ratón-marino entre su ropa para que nadie pudiera verlo.

Parecía que le gustó. Cuando Boba lo sacó estaba durmiendo.

Lo sostuvo en la mano bajo la lluvia mientras caminaba a través de Tipoca City. Quería ver como su pata se convertía en una aleta, pero tan solo se convirtió la mitad.

Supongo que necesitará agua marina, pensó Boba, dirigiéndose hacia el sonido de las olas.

Tipoca City está construida sobre una plataforma sobre el mar. Olas inmensas golpeaban la plataforma día y noche. A Kamino lo llamaban el planeta de las tormentas.

Boba se agarró a la barandilla y se inclinó sobre el borde de la plataforma.

Miró hacia abajo, a la espera de una pausa en las olas.

Al fina, llegó el momento oportuno – una largo tramo de agua verde en tranquilidad. ¡Parecía perfecto para un pequeño ratón-marino!

“Eres libre, pequeño amigo”. Dijo Boba mientras lo dejaba caer al pequeño animal dentro del agua. El ratón-marino lo miraba mientras caía, como si quisiera hacerle una última mirada a su benefactor, a su protector, el gran gigante Boba que lo había rescatado del bol...

Cayó el agua con un pequeño golpe.

Entonces Boba vio una mancha negra en el agua, y el destello de unos dientes que aparecían fugazmente.

Y entonces el pequeño ratón-marino desapareció.

No quedó ningún rastro.

Boba pasó el resto del día jugando con holojuegos y mirando por la ventana como llovía. Estaba cansado de leer libros, libros sobre familias felices y

niños con amigos y mascotas.

Estaba cansado de estar solo en casa.

Hechaba de menos las bromas de Zam (Incluso las más tontas). Hechaba de menos los refranes de su padre (Incluso los que había oído millones de veces).

A la mañana siguiente cogió el último ratón-marino del plato. "Lo siento, amigo," lo dijo a la vez que lo dejaba caer en la pecera de la anguila. "Es simplemente el modo en que funciona el mundo."

Entonces se sentó a comer su último desayuno y esperó que su padre y Zam volvieran a casa.

Capítulo 4

Boba se pasó todo el día excitado, esperando un sonido en concreto.

O un montón de sonidos.

Al final, al acabar la tarde, allí estaban: una colección de pequeños golpes y sonidos procedentes de las cerraduras de la puerta del apartamento.

Entonces la puerta se abrió, y allí estaba Jango Fett, en su armadura de combate Mandaloriana y su mirada fuerte y dura, permaneciendo en la entrada rodeado de un charco de agua de lluvia.

"¡Papá!" dijo Boba. "¿Dónde está Zam?"

"Más tarde," le dijo su padre.

Jango Fett se sacó su armadura de combate y la dejó caer en el suelo del dormitorio mientras Boba miraba. Él la llamaba "el traje." Era mucho más pequeño sin ella.

La cara de Jango bajo el casco era triste y surcada por viejas cicatrices. La cara era despiada y cruel. Boba no se había preguntado nunca por la

verdadera cara de su padre. Ambas eran reales para él: el padre preocupado, el guerrero sin miedo. "¿Dónde está Zam?". Boba preguntó de nuevo.

"¿Por qué estás haciendo todas estas preguntas, hijo?"

"Tengo un chiste para contarle." No tenía ninguna, pero pensaba que se podría inventar uno en caso necesario.

"Tendrás que guardarlo para otra persona."

¿Otra persona? ¡Pero no si no hay nadie más! Pero Boba sabía mejor que nadie que no debía discutir con su padre.

"De acuerdo," le dijo. Encogió la cabeza para esconder su decepción y empezó a abandonar su habitación. Le diría a su padre que necesitaba estar solo.

"Zam no vendrá más por aquí," dijo Jango. Boba se paró en la puerta.

"¿Nunca?"

"Nunca," dijo Jango.

Ya la forma en lo que lo decía, ya sonaba como que nunca volvería.

Cuando Jango Fett no estaba llevando la armadura Mandaloriana de combate, se ponía ropa de calle. Sin casco, poca gente podía reconocerlo como Jango Fett, el caza recompensas.

La armadura era vieja y estaba marcada, como el mismo Jango Fett.

Siempre se la sacaba y la limpiaba tras regresar de realizar un trabajo, pero nunca la pulía. Dejaba los arañazos.

"No la necesitas brillante" le explicó a Boba mientras trabajaban juntos limpiando la armadura aquella tarde. "Nunca llames la atención sobre ti mismo."

"Sí, señor," dijo Boba.

La cara de Jango Fett's parecía más triste y vieja de lo habitual. Boba se preguntaba si tendría algo que ver con Zam.

Finalmente consiguió el coraje para preguntar.

"Ella estaba a punto de traicionarnos," dijo Jango. "No se podía permitir.

Hay penalizaciones. Ella habría hecho lo mismo si fuera yo." Boba no lo entendía. ¿Qué es lo que estaba intentando explicarle su padre?

"¿Le pasó algo malo a Zam?" preguntó Boba.

Jango asintió lentamente. "Ser un cazador de recompensas implica que no siempre puedes hacer lo que quieres. Algún día lo inevitable sucede. Y cuando eso sucede..."

"¿Y qué significa inevitable?" Preguntó Boba.

"Inevitable significa que es algo seguro. La muerte es una cosa segura."

De repente Boba se dió cuenta de lo que había pasado. "Zam está muerta, ¿verdad, papá?"

Jango asintió.

Boba se resitió a ponerse a llorar. ¿Cómo... cómo sucedió?

"No lo quieras saber."

Boba sintió que la tristeza lo golpeaba como una ola. Seguida de una fría sensación de miedo. Le había pasado a Zam, ¿podría pasarle a su padre?

Boba no quería pensar sobre el tema. Su padre tenía razón: Él no lo necesitaba saber.

Después de acabar de ayudar a su padre a limpiar su armadura de combate y recargar sus sistemas de armas, Boba salió fuera y caminó hasta el final de la calle y regresó.

Zam, muerta. No más bromas tontas. No más su amplia sonrisa. El solitario mundo de Boba Fett se había vuelto un poco más solitario.

Kamino es un buen planeta para sentir tristeza porque siempre está lloviendo. Cuando estás bajo la lluvia, nadie es capaz de darse cuenta que has estado llorando.

Cuando Boba regresó al apartamento, vio que su padre también había estado caminando bajo la lluvia.

Es gracioso, pensó Boba. No lo he visto ahí fuera.

Después de cenar, Jango Fett dijo, "Boba, mírame." Boba lo miró.

"Lo que le ha pasado a Zam le podría haber ocurrido a cualquiera de nosotros. A cualquier cazador de recompensas. ¿Lo entiendes?" Boba asintió – pero ese reconocimiento era una mentira. Se había comprometido consigo mismo a no entenderlo. Se había prometido a sí mismo que no pensaría sobre el tema. De todos modos era incapaz de imaginar que sucediera. ¿Quién o qué sería capaz de vencer a su padre en un combate?

"Bien," dijo Jango Fett. "Entonces, hijo, quiero que tengas esto."

Jango le entregó a Boba un libro.

Boba estaba sorprendido. "¿Papá? ¿Un libro?"

Jango parecía saber lo que estaba pensando su hijo. "No es un libro, Boba" le dijo. "Es un mensaje, de mí. Para ti, cuando el momento adecuado llegue."

¿No es un libro? Parecía un libro ordinario, de tapa dura y de dos dedos de ancho. Era negro, sin nada en la portada que lo identificara. Sin palabras, y sin imágenes. Nada, ni delante ni detrás.

Boba intentó abrirlo pero las páginas parecían estar pegadas las unas a las otras. Empujó con fuerza la portada, pero su padre negó con la cabeza.

"No lo abras," le dijo Jango. "Por que cuando lo abras, tu infancia habrá acabado. Y aún es demasiado pronto para que eso ocurra. Quiero que tengas lo que yo nunca tuve: una infancia."

Boba asintió. Pensaba que su padre estaba confundido. ¿Por qué le había dado un libro que no quería que abriera?

Entonces su padre le contó:

"Si algo me ocurre, podrás abrirlo. Te explicaré lo que necesitas saber. A quién tienes que preguntar. A quién tienes que evitar. Qué es lo que tienes que hacer, y lo que no. Hasta ese momento, mantenlo cerrado y oculto. ¿Lo has entendido, hijo?

Boba asintió. Dejó el libro negro (que no era un libro realmente) en la pila con el resto de libros. No iba a necesitarlo. Nunca. De ninguna manera.

¿Cómo iba a ser posible que le sucediera algo malo a su padre, al más rápido, fiero y temible caza recompensas de la galaxia?

De ninguna manera. Era impensable. Lo que simplemente significaba que Boba no iba a pensar en que una cosa como aquella fuera a ocurrir.

Capítulo 5

Al día siguiente, Boba y su padre salieron a pescar. La lluvia caía con menos fuerza, así que aprovecharon para sentarse en una roca cerca del mar. Boba realizó un disparo al azar en busca de peces con su láser buscador, pero Jango le hizo apagar el láser y buscar los peces con los ojos.

Boba sabía que ir de pesca era el medio que utilizaba su padre para que se sintiera mejor, y pudiera olvidarse de la muerte de Zam. Boba hizo todo lo que pudo para concentrarse.

Se mantuvo pescando incluso cuando Taun We, uno de los Kaminonianos, se detuvo para hablar con Jango. Ella era alta y blanca, como una raíz a la que hubieran arrancado del suelo. Sus negros ojos eran tan grandes como platos y su cuello largo y delgado.

A Boba normalmente le gustaba Taun We, pero ese día todo era trabajo, trabajo, trabajo. Algo relacionado con los clones. Boba intentaba no escuchar lo que decían. No quería oír hablar sobre el ejército clon – sus 10.000 hermanos gemelos. Le horrorizaba el simple hecho de pensar en ellos.

Se alegraba cuando Taun We regresaba para probarlo. Intentaba aparentar que se lo pasaba bien para complacer a su padre, pero la alegría se había ido completamente de su ser.

Boba no podía parar de pensar en el ejército clon. No podía dejar de pensar en Zam.

Sin embargo, Boba volvió a pasarlo bien cuando pasaron cerca del espaciopuerto en su camino de regreso a su apartamento. Había una nueva nave en el puerto de atraque. Un bello caza de combate que únicamente había visto anteriormente en fotografías.

"¡Guau!" dijo. "¡Es un Delta-7!"

"¿Qué es lo que le pasa al androide?" preguntó Jango, apuntando a la unidad de navegación detrás de la cabina.

"Es un R4-P," dijo Boba muy excitado. Mientras su padre escuchaba, empezó a enumerar todas las capacidades del caza. Armamento extra, velocidad mejorada – el Delta-7 con el androide R4-P era el tipo de nave que tan solo uno pocos, pilotos selectos pudieran pilotar.

"¿Cómo cuáles?" preguntó Jango.

"¡Cómo tú!" dijo Boba mientras corrían bajo la lluvia para llegar a casa.

Estaba contento por poder mostrar lo que había podido aprender leyendo. Y también estaba contento por poder sonsacarle una sonrisa a la cara de su padre.

Pero la sonrisa no duró. Jango parecía pensativo. Incluso preocupado.

Se introdujo en la habitación para descansar mientras Boba se sentaba con una guía de de cazas estelares de la galaxia. Le picaba la curiosidad sobre cómo una esbelta nave como la Delta-7 podría haber encontrado el camino para llegar hasta Kamino, donde nada importante ni excitante había sucedido nunca.

Boba acababa de empezar a leer cuando oyó la puerta abrirse. Ni él ni su padre tenían amigos, especialmente ahora que Zam ya no estaba, así que estaba muy sorprendido.

Era Taun We otra vez. Y esta vez no estaba sola. El hombre que lo acompañaba llevaba un vestido sencillo, sin ningún adorno o joya. Debajo su ropa Boba pudo ver la punta de una espada láser.

Un Jedi.

De repente, Boba supo de dónde procedía el caza estelar.

Con mucho cuidado, abrió la puerta.

"Boba, ¿Está aquí tu padre " preguntó Taun We. "Sí."

No digas nada más que lo estrictamente necesario. Era uno de los refranes favoritos de Jango Fett. Y Boba sabía que debía aplicarse con especial énfasis cuando los Jedis estuvieran rondando.

"¿Podemos verle?"

El Jedi no dijo nada. Simplemente permaneció allí, escuchando y vigilando.

Tranquilo y relajado. Pero también un poco asustado.

Boba intentó parecer seguro de sí mismo. "Seguro," dijo. Sé siempre políticamente correcto. Especialmente, con tus enemigos.

Y el Jedi, como guardián de la paz, era uno de esos enemigos naturales de los cazadores de recompensas, que estaban fuera de la ley.

Boba retrocedió para dejarlos entrar. El Jedi estaba mirando alrededor como si nunca hubiera estado en un apartamento anteriormente.

¡Entrometido! Pensó Boba. Decidió ignorarlo.

"¡Papá! ¡Taun We está aquí!"

Jango Fett salió de la habitación. Miró a los dos visitantes, y no pareció gustarle lo que vio.

"Bienvenido de vuelta, Jango," Dijo Taun We, haciendo ver que no lo acababa de ver hacía poco. "¿Ha sido tu viaje productivo?"

"Ha sido bastante bueno."

Boba escuchaba con atención. Taun We parecía amigable, como siempre.

Mientras su padre estaba mirando al Jedi de arriba abajo. Decir que a Jango no le gustaba era tan obvio de ver, como que en Kamino estaba lloviendo. Y más que no se vía.

Boba se preguntaba si se habrían visto con anterioridad. Si el Jedi habría tenido algo que ver con la muerte de Zam.

"Este es el maestro Jedi Obi-Wan Kenobi," dijo Taun. "Ha venido a comprobar nuestros avances."

"¿Es eso cierto?" dijo Jango.

Los dos hombres se miraron fijamente el uno al otro. Fue como una lucha sin palabras ni armas.

Boba los miraba, fascinado. Era obvio que su padre podría haber acabado con el Jedi con un dedo. Pero algo lo estaba reteniendo.

"Tus clones son impresionantes," dijo el Jedi con una pequeña reverencia.

"Debes estar orgulloso."

"Tan solo soy un hombre corriente," dijo Jango Fett, devolviendo la reverencia. "Tan solo intento hacerme un hueco en el universo."

"¿Están todos?" dijo el Jedi.

¡Era como una lucha para ver quién era más políticamente correcto de los dos!

Mientras, el Jedi intentaba mirar dentro de la habitación, dónde el casco y la armadura Mandaloriana estaban en el suelo.

Jango se movió hacia delante para bloquear la visión del Jedi.

"¿Su viaje lo ha llevado hasta el interior de Coruscant?" le preguntó el Jedi.

"Una o dos veces," Jango contestó con seguridad.

"¿Recientemente?" Preguntó el Jedi.

¡Este es uno de los entrometidos Jedi! Pensó Boba. Se preguntó por qué su padre hablaba con él. "Es posible," dijo Jango, y Boba supo por el tono de voz de su respuesta que su padre había estado en Coruscant.

Y el Jedi lo sabía, también.

Ahora Boba sabía con seguridad que el Jedi y Jango se habían encontrado el uno al otro con anterioridad, y que el Jedi tenía algo que ver con la muerte de Zam. ¡Cómo odiaba la maldita sonrisa del Jedi!

"Entonces debes conocer al maestro Sifo-Dyas," dijo Jedi.

"Boba, cierra la puerta," dijo Jango en Huttés, un lenguaje que los dos conocían muy bien.

Boba hizo lo que su padre le pedía, sin dejar de observar al Jedi. Lo necesitaba para sentir su odio.

Mientras tanto Jango Fett distraía al Jedi. Usando las palabras como si fueran un arma para bloquear los movimientos del Jedi. "¿Qué maestro?" preguntó.

"Sifo-Dyas. ¿No es el Jedi que te contrató para este trabajo?"

"Nunca he oído hablar de él," dijo Jango.

"¿De verdad!?" dijo el Jedi. Por primera vez, pareció sorprendido.

"Fui reclutado por un hombre llamado Tyranus," dijo Jango. En una de las lunas de Bogden."

"¿No? Pensaba..."

Taun We dio un paso adelante. "Sifo-Dyas nos dijo que lo esperaríamos," le dijo al Jedi, señalando al padre de Boba. "Y que lo mostráramos cuando vuestro maestro Jedi lo dijera". Hemos mantenido en secreto la participación de los Jedi, tal y cómo vuestro maestro había solicitado."

El Jedi parecía sorprendido por todo lo que se contaba, e intentaba que no se viera. "Es curioso," dijo.

"¿Te gusta tu ejército?" preguntó Jango Fett. Su fría sonrisa le pareció a Boba que era como una espada lanzada directamente hacia al corazón del Jedi.

"Me gustaría verlos en acción," dijo el Jedi. Una buena forma de devolver el golpe, Boba tuvo que admitirlo.

“Harán bien su trabajo, se lo puedo garantizar,” dijo Jango.

El Jedi se rindió. "Gracias por tu tiempo, Jango."

"Siempre es un placer conocer a un Jedi," dijo el padre de Boba con una sonrisa sarcástica.

La puerta se cerró con un golpe y las cerraduras bloquero la puerta para que nadie pudiera entrar. Boba estaba emocionado. Después de ganar un encuentro como aquel, podría parecer que su padre aparentaría estar satisfecho, incluso triunfante. Sin embargo, la cara de Jango Fett estaba cubierta de líneas de preocupación, y parecía abstraído en sus pensamientos.

Boba empezó a preguntarse si su padre habría ganado realmente la batalla.

"¿Qué es lo que pasa, padre?" preguntó. "Recoge tus cosas," dijo Jango.

"Nos marcharemos de aquí durante un tiempo."

Capítulo 6

Mientras Jango Fett recogía su armadura de combate, Boba lanzó todo lo que poseían los dos (lo que no era mucho) en una bolsa de vuelo hinchable.

"¡Vamos a tener que movernos, Boba!"

Boba sabía que su padre no lo asustaba casi nada. Pero tras el encuentro con el extraño Jedi, Jango parecía nervioso. Preocupado. No asustado, pero... lo afectaba, al fin y al cabo.

Y tenía mucha prisa.

Después de haber llenado la bolsa, Boba lanzó todos los platos sucios en la ranura de limpieza. No necesitaba ser ordenado. Si no hubiera sido tan aterrador, incluso podría haber sido divertido.

"Deja el resto," dijo Jango. "No tenemos tiempo."

¡Ten cuidado con lo que deseas! ¿Cuántas veces Boba había soñado con estar fuera del lluvioso Kamino y vivir en algún lugar, con días soleados – y tal vez con amigos?

Ahora estaba sucediendo. De todos modos, tenían tiempo para marcharse.

Boba estaba contento, y además... Estaba la cama en la que había estado durmiendo y soñando. La ventana desde la que había visto caer la lluvia sin fin. La silla donde se había sentado. El alféizar. La caja donde había guardado su ropa, libros y viejos juguetes, todo amontonado.

Es duro dejar el único lugar en el que has estado viviendo, especialmente cuando no sabes cuando volverás. Es como vivir detrás de pequeños retazos de ti mismo. Era como...

Boba se reprendió a sí mismo. No era el momento de ponerse sentimental.

Su padre tenía prisa. Tenían que marcharse.

Tan solo quedaba una única cosa que hacer antes de dejar Tipoca City.

"¡Boba! ¿Dónde vas?" Preguntó Jango. Llevaba colocada la armadura y el casco. Estaba sosteniendo lo que parecía un látigo. "¿Dónde te estás llevando todo ese material?"

"Eh, padre... ¿te refieres a los libros?"

Boba esperaba que su padre entendiera que debía devolverlos. ¿Quién sabía cuando volverían? Y Boba no quería que Whrr le cobrara un recargo por no devolver los libros.

"Hazlo rápidamente, hijo." Dijo Jango. "Y mientras estés allí..." Le dio a Boba el "látigo." Era la anguila. "Devuélvela al mar. Déjemos que intente alimentarse por sí misma, para variar."

"¡Sí, padre!" Boba salió antes que su padre tuviera ninguna oportunidad de cambiar de opinión. La anguila estaba enroscada en uno de sus brazos, y en el

otro llevaba los libros.

Corrió a través de la lluvia lo más rápido que le fue posible. Se detuvo al final de la plataforma donde había dejado caer el ratón-marino. Se inclinó sobre la barandilla y dejó caer a la anguila entre las olas.

¡Chof!

Boba vio una sombra negra, la aparición fugaz de unos dientes. Y la anguila desapareció.

"¡Buena suerte!" murmuró mientras corría hacia la librería. "La vida es dura para los seres pequeños y débiles. Todo es relativo."

Boba lanzó los libros en la ranura. Un, dos, tres...

Whrr zumbó alegremente. "¿Qué te han parecido los últimos libros que te has llevado?" Preguntó desde detrás de la puerta, con voz cascada. ¿Qué piensas de ellos? ¿Hay alguno bueno?"

"No son malos," dijo Boba. "Pero no tengo tiempo para hablar de ellos."

"¿No? ¿Por qué no? ¿No quieres más libros?"

Normalmente a Boba le gustaba hablar sobre libros. Pero ese día no había tiempo. "Tengo que irme" dijo. "Por una temporada."

"Vuelve Boba," dijo Whrr. "Espera, aquí..."

"¡No me puedo esperar!" Boba no tuvo el suficiente valor para decirle a su amigo que no sabía cuando volvería.

Así que se dio la vuelta y salió corriendo.

Jango Fett, vestido completamente con su armadura, esperaba con su bolsa de vuelo en frente de su apartamento.

Boba le podía haber dicho a su padre que estaba loco por querer irse así.

Pero ninguno de los dos dijo nada.

Los dos caminaron rápidamente hasta la pequeña pista de aterrizaje donde estaba el Esclavo I, la pequeña pero rápida nave del cazarecompensas.

Jango subió las bolsas mientras Boba comprobaba la nave para despegar.

Boba acababa de completar la rutina de prevuelo cuando empezó a oír pasos fuera de la nave. En un primer momento pensó que debía ser Taun We, viniendo para decir adiós.

Pero no tendrían tanta suerte.

Era el Jedi, Obi-Wan Kenobi. El que había estado haciendo preguntas en el apartamento.

Y estaba corriendo.

"¡Deteneos!" Gritó.

¡Sí, hombre sí! pensó Boba.

Jango tuvo el mismo pensamiento. Sacó su arma y disparó a la vez que le ordenaba, "¡Boba, sube a bordo!"

A Boba no tuvieron que repetírselo dos veces. Entró en la cabina y vio como su padre encendía los motores de su armadura de combate y subía hasta el techo de un edificio cercano. Allí, Jango Fett se agachó y empezó a disparar contra el Jedi con su rifle láser.

Debido a que nunca había pilotado el Esclavo I por sí mismo, Boba únicamente sabía como funcionaban los sistemas de armas y los controles de vuelo de oídas. Alcanzó los mandos con la mano, y puso los sistemas principales en marcha, así la nave estaría preparada para irse cuando su padre hubiera acabado con el Jedi.

Entonces tuvo una idea mejor. Activó los controles del cañón láser.

Boba lo había practicado muchas veces, sabía cómo hacerlo. Puso al Jedi en el centro de mira y pulsó FUEGO.

¡Ka-Boum!

¡Un impacto! O casi.

El Jedi fue lanzado con violencia hacia el suelo, su sable láser saltó de su mano. Boba estuvo a punto de disparar de nuevo para acabar con él, cuando su padre se introdujo en su campo de tiro.

Jango saltó del edificio propulsado con los cohetes, y aterrizó para enfrentarse con el Jedi cara a cara.

El Jedi atacó.

Jango retrocedió.

¡Bien! Pensó Boba. Nunca había visto antes a su padre en un combate, y era impresionante.

La misteriosa Fuerza de los Jedi no era rival para la armadura de combate Mandaloriana de Jango Fett. El Jedi estaba perdiendo. Probó una maniobra desesperada, intentó agarrarlo, pero Jango usó sus cohetes para golpearlo y lanzarlo lejos.

"¡Vamos!" gritó Boba, aunque supiera que nadie podría escucharlo.

El Jedi cayó y se deslizó hacia el final de la pista de aterrizaje. Donde se lanzó hacia el rompiente de olas. Parecía que usaba su poder llamado Fuerza para recuperar su espada láser, pero Jango Fett estropeó ese plan.

De su guante, disparó un cable de retención, que envolvió la muñeca del Jedi.

Jango volvió a encender sus cohetes de vuelo, obligando al Jedi a dirigirse hacia el final de la plataforma – y al agua.

"¡Vamos papá!" Gritó Boba.

Pero el Jedi fue capaz de agarrar el cable a una columna. Detuvo su deslizamiento y lo empujó con su pie. Entonces soltó el cable...

¡¡POINNGG!!

Jango golpeó con fuerza. Su mochila cohete empezó a petardear y a lanzar llamas... explotando finalmente.

¡BOOUUM!

¡NOOOO! Boba Lo vio todo. Trató de disparar con el láser, pero los dos hombres estaban dirigiéndose hacia el final de la plataforma –y hacia las enormes olas que golpeaban debajo de él.

"¡Papá!" Sollozó Boba. "¡Papá!" Golpeó el techo de la cabina, como si sus puñetazos y sus lágrimas pudieran de algún modo detener el deslizamiento de su padre hacia una muerte segura.

Pero aún no se había acabado. Jango Fett expulsó el cable de su guante, liberándose a sí mismo. Entonces utilizó los ganchos de agarre montados en su armadura de combate para detener su deslizamiento en el último momento.

Mientras tanto, el Jedi, se dirigía directamente hacia el final de la plataforma.

Boba cayó atrás en su asiento, agitándose con alivio: Su padre estaba sano y salvo. Y victorioso: ¡El Jedi había desaparecido!

Más allá de la plataforma. Cayendo al mar.

¡Vete a tomar por saco! Pensó Boba.

La rampa se estaba abriendo.

Boba extendió el asiento del piloto justo a tiempo.

Su padre se tiró dentro del asiento. Los motores volvieron a la vida, y la astronave se introdujo dentro de la tormenta, que se estaba desarrollando a su alrededor.

Boba miró abajo hacia las olas. No había ninguna señal del Jedi. ¿Quién podría nadar entre aquellas olas? Se habría hundido, con toda seguridad.

"¡La vida es dura para los débiles!" dijo Boba por lo bajo, mientras se introducían dentro de las nubes.

"¿El qué, Boba?"

"He dicho, "¡Que tengamos un buen viaje, padre!"” **Capítulo 7**

Boba ya había estado antes en el espacio viajando con su padre. Pero entonces era muy pequeño, y realmente no se había dado cuenta demasiado de lo que era.

Ahora que tenía diez años entendía lo que estaba viendo. Todo le parecía nuevo y excitante.

En Kamino casi siempre estaba todo nublado. Las nubes eran grises en la parte superior y negras como la noche por la parte inferior. Pero desde el espacio se veían tan blancas como la nieve que Boba había visto en vídeos. El cielo por encima suyo era brillante, azul brillante.

Entonces, el Esclavó I subió, y siguió subiendo, hasta que el cielo se oscureció, en un negro intenso. Entonces Boba vio algo más precioso que las nubes.

Estrellas.

Boba sabía donde estaban, por supuesto. Él había leído sobre las estrellas; las había visto en vídeos y fotografías, y observado en persona acompañando a su padre en viajes a otros planetas. Aunque realmente nunca le había prestado atención. Los niños pequeños no se dan cuenta de las cosas que están lejanas. Y las estrellas casi nunca están visibles desde el nubloso Kamino, incluso de noche. Pero ahora que tenía diez años...

Boba vio miles de estrellas, cada una a años-luz de allí. “Guau”, dijo.

"¿Qué es esto, Boba?" preguntó su padre.

Boba no supo que contestar. La galaxia estaba constituida por millones de estrellas, ardiendo con intensidad. Alrededor de cada sol habían planetas, cada una constituida por rocas y piedras, y cada roca estaba constituida de millones de átomos, y...

"Es la galaxia," dijo Boba. "¿Dónde está...?!"

"¿Dónde está el qué, Boba?"

"¿Por qué hay tantas?"

Jango Fett dejó a su hijo “volar” el Esclavo I, lo que significaba estar sentado en el asiento del piloto mientras el piloto automático controlaba la nave. Él ya estaba suficientemente ocupado reajustando su armadura de combate para alojar un nuevo conjunto de cohetes para substituir al que había explotado luchando con el Jedi.

Cuando hubo acabado, regresó al asiento del piloto, y Boba preguntó:

"Papá, ¿nos vamos a otro planeta?"

"Por ahora."

"¿Cuál de ellas?"

"Ya lo verás."

"¿Por qué?"

"¿Por qué estás haciendo tantas preguntas?" Esa era una clara señal para Boba para que se callara. Su padre tenía motivos para casi todo, pero normalmente se las guardaba para sí mismo.

"No lo necesitas saber," Jango Fett dijo mientras pulsaba el botón marcado como: HIPERESPACIO.

Si el espacio normal era impresionante, el hiperespacio era el doble de impresionante.

Y doblemente impresionantemente extraño.

Tan pronto como el Esclavo I entró en la velocidad de la luz y se introdujo en el hiperespacio, la cabeza de Boba empezó a girar. Las estrellas pasaron volando como si fueran gotas de lluvia. Fue como un sueño, con lo lejano y lo cerca todo junto. El tiempo y espacio se mezclaron como agua y aceite, en remolinos.

Boba se quedó dormido, porque incluso lo extraño se vuelve aburrido cuando todo es extraño...

Boba soñó con que se encontraba con la madre que nunca había tenido. Él estaba en una gran recepción en un palacio, en el que estaba solo. Era como un cuento escrito en un libro. Había alguien que iba hacia él, manteniendo su camino a través de la multitud. Era preciosa, con un traje blanco. Estaba caminando hacia Boba, cada vez más rápido, y su sonrisa era tan brillante como...

"¿Boba?"

"¡¿Sí!?"

"Hijo, levántate."

Boba abrió los ojos y vio a su padre llevando los controles de la nave.

Habían salido del hiperespacio, regresando al espacio "normal" en tres dimensiones.

Estaban flotando. Y dirigiéndose directamente hacia ellos, había un enorme planeta rojo con anillos naranjas.

Era precioso, pero no precioso como la visión que Boba había tenido en su sueño, yendo hacia él a través de la pista de baile. No es tan bonito como...

Boba sintió que regresaba a su sueño.

"Geonosis," dijo Jango Fett.

"¿El qué?" dijo Boba levantándose.

"El nombre del planeta. Geonosis."

Cuando el Esclavo I se acercó a Geonosis, se dirigió hacia los anillos. A una distancia en los que los anillos daban la sensación de ser lisos. Ya de más cerca, Boba podía ver que los anillos estaban constituidos por asteroides y meteoritos, trozos de roca y hielo – escombros espaciales.

De más cerca, eran feos y peligrosos.

Las manos Jango volaban sobre los controles de la nave espacial, cambiando el modo de vuelo de piloto automático a vuelo manual. Volar por debajo de los anillos podía llegar a ser complicado. Cuando hubo aproximado la nave a una órbita cercana, le dijo: "La próxima vez, cuando lleguemos a un planeta tan sencillo de aterrizar, dejaré que vueles la aproximación por ti mismo, hijo."

"¿Realmente, padre? ¿Significa que ya soy suficientemente mayor? Jango le dio unas palmadas en el hombro. "Casi, Boba, casi".

Boba se inclinó de nuevo, sonriendo. La vida era mejor que los sueños.

¿Quién necesita una madre cuando tienes a Jango Fett como padre? De repente Boba vio el destello de en la pantalla trasera. Una señal. "¡Padre, creo que nos están rastreando!"

La sonrisa de Jango desapareció. La señal los estaba marcando a medida que avanzaban. Una nave iba detrás de ellos.

"Mira la pantalla del sensor," dijo Boba excitado. "¿No es una dispositivo de ocultación?"

Jango cambió la resolución del sensor a una mayor potencia. Mostraba un marcador de posición pegado al Esclavo I.

Boba no podía creerlo. ¿No había visto al Jedi caerse al tormentoso mar de Kamino? ¿Cómo había sobrevivido el Jedi para perseguirles?

"Debe habernos colocado un aparato de rastreo en la nave durante la lucha," dijo Jango, con una determinación de acero en su voz.

“¡Arreglaremos eso!”

Boba iba a preguntar como iba a hacerlo, cuando su padre lo empujó atrás en su asiento.

"Mantenlo, hijo. Nos vamos a mover por el campo de asteroides. No podrá seguirnos allí. Si lo hace le dejaremos un par de sorpresas.

Capítulo 8

¡Dentro del campo de asteroides! Boba sintió un poco de miedo cuando su padre empujó hacia atrás los controles de la nave, para dirigir la nave hacia arriba, hacia el mismo anillo.

Los asteroides pasaban volando, por todos los lados. Era como volar a través de un bosque de roca.

Boba no podía mirar. Y tampoco podía dejar de mirar. Sabía que si golpeaban uno, estarían muertos. Literalmente.

Borrados.

No dejarían ni un susurro en la galaxia.

Boba se dijo a sí mismo: deja de preocuparte... ¡Mira quién está llevando los controles!

Boba mantuvo su mirada en su padre. Las asteroides pasaban volando alrededor del Esclavo I, pero ahora ya no parecían tan aterradores.

Jango Fett estaba llevando los controles.

Boba se relajó y comprobó la pantalla trasera. "Se ha ido," le contó su padre.

"Se debe haber dirigido hacia la superficie," contestó Jango.

De repente la imagen en la pantalla empezó a variar con una señal extraña.

Entre la estática Boba pudo ver unas formas similares.

El Delta-7.

"¡Mira, papá, está de regreso!"

Jango marcó con calma un botón en la consola de armas que estaba marcada como: DISPARADOR CARGA SÓNICA.

Boba miró hacia atrás y vio una pequeña caja dirigiéndose hacia el caza Jedi.

Sonrió. Había durado tanto, pero ahora el Jedi estaba muerto....

Y así lo pensó Boba. Por qué cuando se dio la vuelta en su silla y miró alrededor, no vio nada más que piedra. El Esclavo I se dirigía directamente hacia un enorme asteroide.

"¡Papá! ¡Mira allí!"

La voz de Jango era tranquila y fría cuando dirigió el Esclavo I hacia una fuerte subida, pasando a escasos metros de la roca asesina. "Mantén la calma, hijo. Estaremos bien. Ese Jedi no será capaz de perseguirnos por aquí."

Ese era el plan. Pero el Jedi tenía otra idea. A la vez que su padre llevaba el Esclavo I a través del campo de asteroides, Boba mantuvo su atención en la pantalla trasera.

"¡Allí está!" gritó.

El caza del Jedi continuaba allí, siguiendo su estela. Era como si mantuviera atrapado al Esclavo I. Jango movió la cabeza dando a entender que sería inflexible. "No parece que sea capaz de conseguir darnos. Bien, si no podemos perderle, acabaremos con él."

Pulsando un botón, dio la vuelta a la nave y se dirigió directamente hacia otro asteroide, aún más grande que el primero.

Por una vez, no subió. En vez de hacerlo, voló directamente hacia la superficie del asteroide.

Boba no se lo podía creer. ¿Era su propio padre el que estaba intentando matarlos a ambos? "¡Vigila!" Gritó.

Cerró sus ojos, esperando una explosión. Así es como se muere, pensó.

Sintió una sensación de calma inmensa. Se preguntó como sería de doloroso cuando chocaran. ¿O simplemente como un golpe fugaz de luz?

O...

O nada.

Con Jango Fett a los mandos, el Esclavo I, ni frenó, ni vaciló.

Parecía una muerte segura.

La nave se lanzó hacia un estrecho cañón de la superficie del asteroide.

En el fondo había una cueva, con una abertura lo suficientemente ancha como para que una pequeña nave se introdujera en ella.

Pero era apenas lo suficientemente grande...

Algo iba mal.

Nada había pasado. Boba aún estaba vivo. Abrió sus ojos.

Veía rocas en todas partes. Su padre volaba a plena potencia en el interior del asteroide, y el Esclavo I estaba volando a través de un estrecho y tortuoso túnel.

Pero cada vez iban más despacio.

Pero continuamos vivos, pensó Boba. Pero si el Jedi nos está persiguiendo,

¿Por qué cada vez vamos más lentamente?

Pronto lo descubrió. El túnel transcurría a través del asteroide. Cuando el Esclavo I emergió del pasaje de roca, fue detrás del caza Jedi.

El cazado se convirtió en el cazador. El Esclavo I estaba detrás del Jedi.

Era la mejor maniobra que Boba podría haber imaginado. Apenas podía controlar su excitación. “¡A por él, padre! ¡Dispárale!” Boba no se lo tenía que decir a su padre. Jango ya le estaba disparando. A cada lado del caza Jedi láseres mortales pasaban como rayos de luz a través de la negrura del espacio.

"¡Lo conseguiste!" Boba gritó, cuando vio el caza Jedi golpeado por una explosión.

Un golpe cercano, pero no había acabado con él.

Aún no.

"¡Tan solo tenemos que acabar con él!" dijo Jango. Alcanzó la consola de armas y, con dos rápidos movimientos de muñeca, pulsó dos interruptores: TORPEDO: Armado.

TORPEDO: Lanzamiento.

Cuando el Esclavo I rodeó el asteroide lanzó el torpedo hacia el caza Jedi cuando lo tuvo fijado en la mira.

Boba miró, fascinado. El Jedi era bueno, lo tenía que admitir. Giró a un lado y al otro, intentando cada maniobra evasiva que podía para dejar atrás el torpedo.

Pero el torpedo estaba fijado en el caza, y se acercaba. Pero entonces el caza Jedi voló a través del inestable asteroide.

Y entonces acabó.

No tuvo ninguna oportunidad de evitar la colisión. Atrapado entre el torpedo y la roca del asteroide, el caza Jedi desapareció. Solo unos trazos de escombros permanecieron.

"¡Le dimos...!" Boba respiró. "¡Síííí!"

La reacción de Jango fue mucho más calmada. "No lo volveremos a ver", dijo mientras guiaba la nave fuera del campo de asteroides, y lo colocaba en una ruta de descenso hacia el gigante rojo.

Capítulo 9

Boba había pensado que Geonosis debía ser diferente de Kamino, que tendría escuelas, niños, y muchas cosas de todo.

Era diferente, sí, pero eso era todo.

En Kamino llovía todo el tiempo. Pero Kamino era todo mar; Geonosis, era un mar de arena rojo, con grandes torres rojas que se elevaban como puntas, aquí y allá, en el arenoso desierto.

De hecho, el planeta parecía desértico. Es lo que pensaba Boba cuando llegó.

Jango Fett aterrizó el Esclavo I en la base de las estalagmitas, o torres de roca.

¿Vamos a aterrizar aquí en esta roca? Preguntó Boba mientras la nave extraía el tren de aterrizaje y los motores empezaban a detenerse.

Una puerta en medio de la roca se abrió, y androides de mantenimiento aparecieron para atender la nave.

Boba fue observado mientras seguía a su padre a través de la puerta de servicio, la cual se transformaba en la entrada de una extensa ciudad subterránea, con largos pasillos y enormes habitaciones, todas conectadas e iluminadas con lámparas, haciéndose eco de los gritos y de los pasos.

Aunque parecía vacía. Los habitantes eran sombras distantes, que se movían con prisa. Pero nadie les prestó atención; nadie se dio cuenta de un niño de diez años andando detrás de su padre.

A medida que subían las escaleras que los llevaban al apartamento que les habían dado temporalmente, Jango le explicó a su hijo que los Geonosianos en sí mismos eran Drones que trabajaban todo el tiempo. Su planeta era un centro industrial de droides de combate. “Y la gente que fabrica los droides no son mucho más elegantes o interesantes que los mismos androides,” dijo Jango.

"Entonces, ¿Por qué estamos aquí?" preguntó Boba. "Negocios," dijo Jango Fett. "Quien controla mi mano..."

"... me controla completamente," acabó Boba, mirando a su padre.

"Correcto," dijo Jango. Acarició el pelo de su hijo y le dirigió una sonrisa.

“Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Estás creciendo para convertirte en un gran cazador de recompensas, como tu padre.”

El apartamento era alto en la torre de piedra, con vistas hacia el desierto.

Jango salió para encontrarse con su cliente, dejando a Boba con una clara advertencia: “Has de estar aquí cuando regrese.”

Después de un par de horas solo en el apartamento, Boba supo que sus primeras impresiones habían sido correctas. Geonosis era aburrido. Incluso más aburrido que Kamino.

El aburrimiento es como un microscopio. Puede hacer que las cosas pequeñas parezcan grandes. Boba contó todas las priedas que había en las paredes del apartamento. Contó todas las grietas que había en el suelo.

Aburrido de las grietas y de las piedras, permaneció en la estrecha ventana, observando las tormentas de polvo cruzando las planicies y los anillos que cubrían el cielo encima de él.

Boba deseaba haberse traído algún libro. El único que conservaba era el libro negro que le había dado su padre, el único que no podía abrir. Estaba en una caja con su ropa y sus viejos juguetes, no tenía el suficiente valor para hecharle un vistazo.

Tenía que entretenerse por sí mismo. ¿Pero cómo podía conseguirlo?

“Has de estar aquí cuando regrese.” Eso no significaba que no pudiera dejar el apartamento. Tan solo significaba que no podía irse muy lejos.

Boba salió al pasillo, cerrando la puerta detrás de él. El pasillo de piedra estaba tranquilo. Boba podía escuchar a lo lejos un ruido en auge. Sonaba casi como el tormentoso Kamino.

¿Podía haber un océano por allí, en ese desértico planeta?

Boba fue hasta el final del pasillo e intentó escuchar con más atención. El ruido era más suave. Ahora sonaba como un lejano tamborileo.

Al final del pasillo había una escalera de piedra que bajaba. En la parte baja de las escaleras había otra sala. Y al final de la sala, otra escalera.

Escalones de piedra bajando en la oscuridad. Boba los siguió, siguiendo su instinto, paso a paso. Cuanto más avanzaba, más oscuro se hacía.

Cuanto más oscuro se hacía, el ruido disminuía. Sonaba como si un gigante golpeara un tambor a lo lejos.

Boba tenía la sensación de que había ido muy lejos, pero no quería regresar. Aún no. No hasta que hubiera descubierto que es lo que estaba causando ese ruido continuo.

Entonces al final, encontró una escalera de caracol que terminaba en una sala estrecha. La sala terminaba en una puerta de gran tamaño. El tamborileo era más apagado tras la puerta ya que esta absorbía gran parte del ruido.

A Boba le asustaba lo que podía encontrar tras ella. Estaba a punto de dar la vuelta. Entonces, en su mente, escuchó la voz de su padre: “Haz lo que más temas, y entonces encontrarás el coraje que estás buscando”.

Boba empujó la puerta abierta.

BOOM

BOOM

BOOM

No había una violenta tormenta marina, ni un gigante golpeando un tambor.

Pero Boba no estaba decepcionado. Lo que vio era incluso más impresionante.

Estaba mirando una inmensa habitación subterránea, iluminada con brillantes lámparas y llena de figuras en movimiento. Cuando adaptó su vista a la tenue luz, pudo ver una larga línea de ensamblaje, donde enormes máquinas de metal estaban montando brazos y piernas, ruedas y cuchillas, cabezas y torsos. El ruido era insufrible. Las pesadas piezas, una vez fabricadas, eran transportadas por ruidosos cinturones a un área central, donde eran montadas por Geonosianos para crear Droides de combate, que empezaban a funcionar tan pronto como sus cabezas eran montadas.

Los droides ya terminados marchaban en una larga fila hasta el extremo de la caverna, donde tras atravesar un arco se introducían en la oscuridad.

Boba observó, fascinado. ¿Para qué serían todas esas armas de guerra? Era difícil de creer que hubiera tantos droides de combate y droidekas armados con láseres y cuchillas.

Se los imaginó en acción, luchando unos con otros. Era emocionante pensar en ello – y también un poco aterrador.

"¡Oye tú, el de ahí!"

Boba miró hacia arriba. Un droide de seguridad se estaba dirigiendo hacia él, a través de un pasadizo hacia la puerta abierta.

En vez de tratar de explicar que es lo que estaba haciendo, Boba decidió hacer lo más sensato. Cerró la puerta y corrió.

"Has de estar aquí cuando regrese." Jango le había dicho. No acababa de cerrar la puerta del apartamento cuando empezó a escuchar pisadas fuera.

¡Lo he conseguido por poco! Pensó Boba a la vez que su padre abría la puerta.

Dos hombres lo acompañaban. Uno de ellos era Geonosiano, vestía un elaborado uniforme de alto oficial sobre un cuerpo en forma de barril. Su compañero vestía con más sencillez, pero era de algún modo más familiar.

"Y como puede ver, Conde Dooku, hemos realizado grandes progresos," dijo el Geonosiano.

Era lo que el conde había hecho. Boba reconoció al otro hombre. "¿No es ese el conde Tyranus?" Le preguntó Boba a su padre, el cual sostenía su casco de combate detrás de la puerta.

"Sssshhhhh," le dijo Jango. "Nosotros somos los únicos que lo conocemos por ese nombre."

"Ah, ¿Y quién es este jovencito?" dijo el Conde. "Serás un magnífico cazador de recompensas un día."

Acarició a Boba en la cabeza. El gesto era afectuoso pero su mano era fría, y Boba sintió que se erizaba.

"Sí señor," dijo, apartándose.

Su padre le lanzó una mirada desaprovatoria mientras los tres hombres caminaban hacia la cocina del apartamento para su conferencia.

Boba sintió vergüenza. Había sido grosero. El escalofrío había estado en su imaginación. El Conde Tyranus era el principal patrón de Jango Fett. Boba no le debía tan solo respeto, le debía fidelidad.

"Serás un cazador de recompensas algún día." Las palabras del Conde sonaban en la cabeza de Boba. Esperaba que un día se volvieran realidad.

El casco de combate de su padre colgaba de la puerta. Boba lo cogió y lo llevó a la habitación.

Quería ver como era por dentro. Quería saber como se sentía siendo Jango Fett.

Cerró la puerta detrás suyo y puso el casco encima de su cabeza, abrió los ojos y... – "Guau!"

Boba esperaba que dentro del casco hubiera oscuridad, pero no era así.

Había todo tipo de dispositivos y monitores por el interior de la placa frontal. Muchos de ellos eran sistemas de armas o de supervivencia.

COHETES DARTO

RAYO SÓNICO

GUANTELE LANZA CABLE

MOCHILA COHETE

BOTAS CLAVETEADAS

CENTRO DE COMUNICACIONES

TELÉMETRO

Era como estar en la sala de control de una pequeña nave, compacta y eficiente. Pero era muy pesado. Boba apenas podía mover la cabeza. Se lo estaba empezando a quitar cuando...

Click.

Boba oyó como la puerta de la habitación se abría. Oh, oh. ¡Se había metido en un gran problema!

Pero no – Jango Fett se estaba riendo cuando Boba se sacó el casco de la cabeza. “No te preocupes, hijo, tu propia armadura se te ajustará mucho mejor.”

Boba miró los ojos de su padre. “¿Mi propia armadura?”

"Cuando seas mayor," dijo Jango. "Esta armadura de combate me la dieron los Mandalorianos. Tú tendrás la tuya propia algún día, cuando te conviertas en un cazador de recompensas.”

"¿Y me enseñarás a utilizarla?" Preguntó Boba. "Cuando llegue el día, tal vez no esté allí,” dijo Jango. "Debes aprenderlo por ti mismo.”

"Pero...”

"Sin peros," dijo Jango. Intentó una sonrisa. “No te preocupes. Tu momento aún no ha llegado.”

Lo empezó a acariciar en la cabeza. En esta ocasión, no tuvo ningún escalofrío.

Más tarde esa noche, Boba escuchó un ruido extraño. Pero no era el repicar que había escuchado antes. Tampoco eran los ronquidos de su padre, los cuales procedían de la cama de al lado.

¡OOOOWOOOO!

Era algo lejano e increíblemente solitario.

Se acercó hasta la ventana y miró fuera. La noche en Geonosis era tan luminosa como lo había sido el día en el nubloso Kamino. El planeta de anillos naranjas lanzaba una suave luz sobre los desiertos de arena.

Había una colina roja tras la ciudad de stalagmitas. Eran atravesados por estrechos senderos que brillaban, como si estuviera pavimentada con diamantes.

La colina parecía interesante pero estaba fuera de los límites de las zonas seguras. Jango Fett le había dicho que había animales salvajes llamadas massifs que poblaban las rocas y acantilados.

¡OOOOWOOOO!

Aquí estaba otra vez – ese solitario, aullido lastimero. Un massif, pensó Boba. Sonaba más ferviente que fiero.

Conocía ese sentimiento.

Quería devolver el aullido.

Capítulo 10

Cuando Boba se levantó, su padre ya se había ido. En la mesa estaba el desayuno y una nota: “Has de estar aquí cuando regrese.” Boba volvió a salir.

Escuchó el lejano tamborileo pero cogió el camino contrario, dirigiéndose hacia la plataforma de aterrizaje. El Esclavo I no era la única nave que

había aterrizado. Otra nave de mayor tamaño se había posado cerca de ella, y la empequeñecía en tamaño y forma.

Boba se aseguró que no hubiera nadie mirando, entonces saltó hasta la rampa que lo llevaba a la cabina del Esclavo I. El asiento era un poco bajo, pero mejor que otros, le hacían sentirse mejor. Ya había memorizado los controles de vuelo para espacio y atmósfera. Ya conocía los sistemas de armas, los láseres múltiples y los lanzadores de torpedos. Su padre le había enseñado lo básico, y el resto lo había aprendido por su cuenta.

Boba sabía como arrancar la nave, programar el ordenador de vuelo de la nave, y conectar la hipervelocidad. Estaba seguro que tras un tiempo prudencial su padre le dejaría realizar un despegue y un aterrizaje.

Se imaginaba pilotando la nave mientras su padre acababa con sus enemigos con los láseres.

"Ten cuidado con la ira de los Fett!" gritaba triunfal mientras hacía ver que maniobraba a un lado y otro entre los cazas enemigos...

"¡Hola!"

Boba se levantó – ¡Se debía haber quedado dormido! Debía haber estado durmiendo.

"¡Oye, chico!"

Era un guardia Geonosiano.

"Todo está bien," dijo Boba. "Es la nave de mi padre."

Salió del Esclavo I y cerró la rampa.

El Geonosiano tenía una estúpida pero amigable expresión.

"¿No hay nada que hacer por ahí?" Preguntó Boba, tan solo para parecer amigable.

El guardia Geonosiano sonrió y guardó su arma. "Oh, ¡hay montones de cosas para hacer! " dijo. "¡Está la arena! ¡Es realmente interesante!"

"¿Qué pasa en la arena?"

"¡Cosas mortales!" dijo el Geonosiano.

Interesante, pensó Boba. Había algo que hacer. ¿Todos los días? Preguntó con impaciencia.

"Oh, no," dijo el Geonosiano. "Tan solo en ocasiones especiales."

Reglas.

Las reglas estaban para romperse.

Ese no era parte del código de Jango Fett. Pero era parte del código de los niños, pensó Boba. De todos modos, lo debería ser.

Boba se estaba dando excusas a sí mismo. Estaba a punto de estar preparado para romper los límites de las reglas de su padre.

Estaba a punto de salir de la ciudad de estalagmitas, hacia la colina roja.

Se estaba intentando convencer a sí mismo que todo estaba bien, de que tenía algo que hacer.

Estaba buscando aventuras.

Y estaba a punto de encontrarlas.

La primera parte era sencilla.

La puerta principal hacia la ciudad de estalagmitas estaba en un nivel inferior, debajo de la pista de aterrizaje. Estaba protegido por un guardia Geonosiano somnoliento, cuyo trabajo consistía en vigilar que no entrara ningún intruso, no para que nadie escapara.

Era fácil pasar a través de ella.

Tan pronto como respiró el aire del exterior, Boba se dio cuenta de lo mucho que había odiado el olor mohoso de la ciudad de estalagmitas.

¡Era tan bueno estar fuera de la ciudad!

Quería explorar los senderos que había visto desde arriba. Siguió el primero que vio. Bajó por un lado de la colina roja. Los reflejos eran trozos de mica – una roca tan lisa y brillante como el cristal que marcaba el camino y lo hacía fácil de seguir.

Boba estaba ya cerca de un acantilado cuando oyó un grito.

Y un ruido que iba aumentando en intensidad.

Se detuvo – y tras unos momentos continuó con más precaución, paso a paso.

En el estrecho camino que tenía que recorrer, dos lagartos estaban luchando. Las dos estaban gruñendo, tirando cada una de lo que parecía una cuerda peluda.

La cuerda silbaba en tono agudo.

La cuerda era una serpiente de diez pies de largo, cubierta de pelo. Su boca y sus ojos estaban en el centro de su largo y peludo cuerpo.

Los lagartos, los cuales Boba asumía que debían ser los temibles massiffs, estaban a punto de cortar por la mitad a la serpiente con sus largos dientes.

Entonces vieron a Boba – y soltaron a la serpiente. Boba dio un paso atrás.

Ambos massiffs se adelantaron un paso. Gruñendo.

Boba retrocedió otro paso. El acantilado estaba a su derecha. A su izquierda y detrás de él – nada más que aire.

Los massiffs se movieron hacia delante de nuevo. Boba retrocedió otros dos pasos.

Gruñendo.

Boba mantuvo su mirada fijada en los ojos rojos de los massifs. Sentía que si dejaba de mirarlos aunque fuera tan solo por un momento, saltarían sobre él.

Siguieron moviéndose hacia delante, paso a paso.

Boba se arrodilló, tanteando con una mano cogió un trozo de mica. Sin mirar la comprobó con los dedos. Estaba tan afilada como un cuchillo.

De sopetón, saltó y se lanzó girando sobre el massiff de la derecha.

¡Grooooarr!

¡Un golpe certero! Pero el otro massiff ya estaba en el aire, saltando hacia Boba. Escuchó un gruñido, y notó el caliente aliento en su cara que lo incitó a agachar la cabeza...

¡OOOOWOOOO!

Y el massiff pasó de largo volando hacia el precipicio, aullando mientras caía hacia las rocas que tenía debajo de él.

Se levantó. El otro massiff estaba sangrando. Se estaba retirando, marchándose.... Entonces se giró y empezó a correr.

La serpiente estaba en el camino curándose las heridas.

Los sentimientos de Boba estaban encontrados.

Tal vez romper las reglas no fuera tan buena idea, pensó. Tenía suerte de permanecer con vida.

Consideró regresar – pero llegó a la conclusión que sería una pérdida de tiempo. Estaba a mitad del recorrido. Así que pasó sobre la aturdida serpiente y continuó su camino.

Ya había visto el camino desde arriba. Sabía que podría regresar a la entrada. Entrar a hurtadillas, y su padre nunca sabría que había estado fuera.

Entonces escuchó algo detrás de él. Algo en el camino.

¿El massif herido?

Boba sintió un repentino escalofrío. Miró por encima de su hombro. Era la serpiente.

Se iba deslizando detrás de él.

Boba se detuvo.

La serpiente también se detuvo.

La boca en medio del cuerpo estaba sonriendo – o al menos parecía que sonreía. Y estaba cantando, algún tipo de sonido rápido, como agua cayendo. Sonaba extraño allí en medio del desierto. Le recordaba a Boba la lluvia de Kamino, o a sus olas.

"Vete de aquí," dijo Boba.

La serpiente continuó cantando. Empezó a deslizarse un poco más cerca.

Boba volvió a repetir. "¡Vete de aquí!"

La serpiente continuó deslizándose hacia él. Boba cogió una roca – un trozo cortante de mica.

"¡Vete de aquí!"

La serpiente parecía triste. Paró de cantar, y se alejó deslizándose hacia las rocas.

Boba subía por el camino, hacia la cumbre de la colina, cuando vio algo extraño.

Allí, en la base del acantilado al lado de la colina, había una pequeña nave.

¡Un Delta-7! ¿Podría ser...?

En ese momento Boba escuchó a alguien –o algo– detrás de él en el camino.

Se escondió tras una roca justo a tiempo.

Un hombre pasó corriendo con mucha prisa por el camino y éste le resultaba tan familiar como la nave. Tan familiar, como poco bienvenido.

Era el Jedi que los había perseguido a través de los anillos de asteroides. El Jedi al que lo había golpeado el torpedo Obi-Wan Kenobi. ¡Otra vez!

Boba vigiló desde detrás de la roca como el Jedi abría la escotilla del caza y saltaba dentro de la cabina. Boba pensó que estaba a punto de despegar, pero no se molestó en cerrar la escotilla.

Fuera lo que fuera lo que fuese a hacer el Jedi, Boba sabía que no les iba a beneficiar. Tenía que detenerlo. ¿Pero cómo?

Desde de dónde se estaba escondiendo, Boba podía ver los bordes de la colina, y todos los caminos que llegaban hasta la entrada de la ciudad de estalagmitas. Donde estaba el adormilado centinela Geonosiano.

La nave Jedi estaba oculta del centinela – pero no lo estaba de Boba.

¿Pero cómo se lo podía montar Boba para alertarlo?

Boba cogió el trozo de mica más grande que pudo encontrar, lo limpió frotándolo contra la manga de su camisa hasta que empezó a brillar como el cristal. Entonces lo utilizó para reflejar la luz del sol Geonosiano, el cual sobresalía sobre los anillos. Estuvo moviendo la mica atrás y adelante hasta que pudo ver un rayo de luz daba en los ojos del centinela Entonces lo hizo de nuevo. Y de nuevo.

¿Lo habría visto el centinela?

¡Lo había hecho! Estaba bajando por el camino, hacia la base de la colina.

Boba no podía arriesgarse a ser visto, así que abandonó el camino y subió por una cornisa hasta la cima de la colina. Cuando llegó a la cima de la colina, vio al guardia Geonosiano al fondo del acantilado, mirando hacia abajo. Boba supo que había visto el caza Jedi, porque estaba hablando por su comunicador.

¡Lo había logrado! O se lo parecía. Boba corrió hacia la base de la torre – y se deslizó hasta detenerse.

La puerta estaba cerrada. ¿Cómo podría entrar sin ser descubierto?

Entonces tuvo suerte otra vez. La puerta se abrió de golpe y salió un grupo de droidekas. Tenían tanta prisa por capturar al Jedi que no se fijaron en Boba, dirigiéndose hacia la pared de roca.

Ahora podía pasar a través de la puerta justo antes que se cerrara detrás de los droidekas.

¡A salvo! Boba estaba a punto de dar un suspiro de alivio cuando sintió un guante de metal en su hombro. Parecía amable pero severo.

"¿A dónde vas, hijo?" preguntó Jango Fett. "¿Dónde has estado?"

"Uh..., fuera. Padre."

"Ven arriba conmigo. Tenemos que hablar."

Boba siguió a su padre dentro del apartamento. No había nada que pudiera decir. No había nada que pudiera hacer. Lo habían encontrado fuera, y lo sabía.

Se sentó en el sofá y se quedó observando mientras su padre se sacaba su armadura de combate y la dejaba con cuidado en el suelo.

"¿Otra aventura?" Jango Fett le preguntó con una sonrisa mientras se servía una copa de te Geonosiano.

"Lo siento mucho," dijo Boba. "Realmente muy arrepentido."

"¿Arrepentido por qué?" le preguntó su padre. "Por desobedecerte."

"¿Eso es todo?"

"Su-supongo," dijo Boba.

"¿Y qué hay sobre mentirme?"

"No te he mentido," dijo Boba. "He admitido que he estado fuera."

Su padre volvió a sonreír. "Pero tan solo por qué te han pillado. Si no te hubieran descubierto..."

"Supongo que hubiera ido así..." dijo Boba. "Pido perdón por ello, también."

"Acepto tus disculpas," dijo Jango. "Como castigo estás confinado en tu habitación hasta que diga lo contrario."

"Sí, señor." Boba suspiró aliviado. Estar confinado en su habitación significaba que estaba encerrado; significaba permanecer en el apartamento. No era tan malo como había pensado en un principio.

"Podría ser, pero," dijo Jango Fett, "Exceptuando que te debo una."

"Que tú... ¿Me debes una?!"

"Sí, te la debo. Por nuestro amigo Jedi, el que se lo ha montado para escaparse de nosotros en el asteroide. Ahora ha sido capturado, gracias a ti.

Alertaste al centinela, aunque significara meterte en problema. Hiciste lo correcto."

"Sí, señor. Gracias, papá. Siento haberte desobedecido."

"Yo también lo siento, Boba," dijo Jango Fett con una sonrisa. "Pero también estoy orgulloso."

"¿Lo estás?!"

"Estaría preocupado si no me hubieras desobedecido al menos una vez en tu vida. Es parte del hacerse mayor. Es parte de ganarte tu independencia."

Boba no sabía que decir. ¿Su padre realmente creía que solo lo había desobedecido una vez?

Intentó esconder su sonrisa, y no dijo nada.

Capítulo 11

Recluído en su habitación.

Podría haber sido peor. Pero ya era suficientemente malo. La solitaria vida de Boba se había vuelto aún más solitaria ahora que estaba encerrado en el apartamento.

"Jango Fett estaba muy ocupado hablando de negocios con el Conde y un Geonosiano Archiduque, entre otros. Boba sabía mejor que nadie que no debía entrometerse.

Recluído en su habitación.

Boba echaba de menos a su amigo bibliotecario, Whrr.

Estaba intentando construir una maqueta de caza con trozos de alambre cuando la puerta se abrió de repente.

Y allí estaba Jango Fett, con su armadura de combate. "Ven, " fue todo lo que dijo.

¡Eso era lo único que tenía que decir!

Boba se puso al de su padre y bajó las escaleras. Se alegraba de salir de la habitación, fuera por el motivo que fuera. Además siempre se sentía orgulloso cuando iba con su padre. Por que sabía que todo aquel que los viera estaría pensando:

Ese es Jango Fett. Y ese es Boba, su hijo. Algún día él también será un cazador de recompensas.

Se hizo el silencio en las salas subterráneas. Sabía que debía pasar algo importante y se preguntaba que sería lo que pasaba.

Sabía que era mejor no preguntar. Tenía suerte de haber podido salir del apartamento.

Al final de un largo pasillo, encontraron a una multitud de Geonosianos que se apelotonaban impacientes. Algunos tenían alas en sus espaldas; otros no.

Un centinela uniformado iba y venía entre ellos, desde el inicio de la línea, hasta el interior de una gran sala con alta celdas. Dado que la habitación estaba llena de Geonosianos, al ser tan grande parecía que estuviera casi vacía... Cada paso y cada estornudo creaban un eco.

El Archiduque y otros oficiales estaban sentados en lo que parecía una gran caja al final de la imponente sala, con cientos de Geonosianos mirando hacia el interior. Dos seres los estaban mirando. Algo en la forma en que se comportaban le dijo a Boba que eran prisioneros. Pero eran prisioneros orgullosos y rebeldes.

Jango y Boba se introdujeron entre una multitud de Geonosianos en un lado de la sala.

Alguien dio un fuerte golpe y la sala quedó en silencio. O casi. Todo el mundo se volvió para ver a los prisioneros. Boba tuvo que permanecer de puntillas para poder seguir viendo.

Uno de los prisioneros iba vestido como un Jedi. Era mucho más joven que el Jedi llamado Obi-Wan.

A lo mejor era un aprendiz, pensó Boba. El que alguien quisiera convertirse en Jedi era algo que no entendía.

El otro prisionero era una mujer. Y no cualquier mujer. Era la mujer más bella que Boba hubiera visto nunca. Y tenía la cara más tierna y amable que hubiera visto – era la clase de cara que siempre se había imaginado que podría tener su madre, si él hubiera tenido una madre.

"Han sido acusados y encontrados culpables del cargo de espionaje," dijo uno de los Geonosianos.

Tras otra llamada a la atención de los presentes: "¿Tienen algo que decir antes de que se dicte sentencia?"

La mujer habló con orgullo. "Estás cometiendo un acto de guerra, Archiduque. Espero que está preparado para las consecuencias."

El Archiduque sonrió. "Construimos armas, Senador. Ese es nuestro negocio. Por supuesto que estamos preparados."

Senador. Boba estaba confundido. Empujó el brazo de su padre suavemente. "¿Qué hace aquí un senador como prisionero?"

"¡Shhhhhh!" siseó Jango.

"¡Traedlos aquí!" ordenó otro oficial, un Neomoidiano con una piel moteada de verde, y con unos brillantes ojos rojos. "Llevad a término la sentencia. Quiero ver su sufrimiento."

Era otro Jedi al que Boba quería ver sufrir. Era el Jedi persistente. El Jedi al que habían matado una, y otra vez. El Jedi Obi-Wan Kenobi.

¿Pero dónde estaba?

El Archiduque contestó la pregunta de Boba. "Tu otro amigo Jedi te está esperando en la arena."

¡La arena! Por fin iban a ver algo de acción. Es lo que está Boba estaba esperando.

Sin embargo, de algún modo, lo temía.

Capítulo 12

Como casi todas las demás cosas en Geonosis, la arena había sido excavada en medio de la roca. Fuera porque estuviera abierta por la parte superior, o fuera por otro motivo, la arena era la parte más brillante de toda la ciudad subterránea.

Los asientos se habían llenado con Geonosianos excitados, moviendo sus alas y gritando con gran excitación, aunque aún no estuviera sucediendo nada.

Vendedores en brillantes trajes trabajaban a lo largo de las gradas, cantando y silbando para publicitar sus bandejas de insectos vivos y otros productos Geonosianos. Boba estaba encantado, aunque no se viese tentado por aquellas cositas que se retorcían, apenas podía creer en la suerte que tenía.

Estaba fuera de su apartamento, y no iba a estar confinado en su habitación.

Estaba en la arena, a punto de ver un espectáculo. Además, él y su padre estaban en los mejores asientos para verlo.

Estaban sentados junto al Archiduque y los otros oficiales. Jango Fett y Boba siguieron al Conde dentro del palco oficial. La multitud empezó a chillar salvajemente, en un primer momento, Boba pensó que debía ser por su padre, o incluso por el Conde.

Entonces miró hacia el centro de la arena y vio la atracción.

Los prisioneros Jedi.

Estaban encadenados a tres postes: el Jedi más joven a uno; el Jedi llamado Obi-Wan a otro; y la bella mujer al tercero.

Un gordo oficial Geonosiano se aclaró la garganta y se levantó para dar un discurso.

"Los delincuentes acaban de ser condenados por espionaje contra el sistema soberano de Geonosis. Su sentencia de muerte será llevada a cabo públicamente en esta arena en el día de hoy."

La multitud gritaba enloquecida mientras el gordo Geonosiano estaba sentado, sonriendo, como si toda la locura del público fuera por él.

El más pequeño de los oficiales Geonosianos se levantó y agitó sus brazos.

"¡Comenzad la ejecución!"

Boba tenía sentimientos encontrados. Odiaba al Jedi de más edad, Obi-Wan, que había tenido tanta suerte y que había humillado a Jango Fett escapando dos veces.

Boba deseaba verlo morir.

No le importaba lo que le pudiera suceder al aprendiz Jedi. El problema era la mujer. Boba no quería verla morir.

Uno de los asistentes, un Neimoidiano si que lo deseaba, pensó. Estaba frotando sus manos tan fuerte que estaban empezando a ponerse rojas Boba miró hacia delante, disgustado. Este tipo de seres le daban mala fama a las ejecuciones, pensó.

De pronto la multitud empezó a rugir incluso con más fuerza.

¡Y no era de extrañar! Se abrieron tres puertas en la arena. Jinetes montados en fastuosos trajes tradicionales, que montaban Orrays, fueron metiendo a los monstruos con palos y lanzas, llevándolos hasta el anillo central.

¡Y que monstruos! Boba los reconoció de haberlos visto en los libros.

El primero era un Reek, una especie de corcel asesino con cuernos afilados como cuchillas.

El segundo era un Nexu con su crin dorada característica y con garras y colmillos afilados.

El tercero era un Acklay, un monstruo con enormes garras, lo suficientemente grandes como para cortar en dos a cualquier ser con un solo pinzamiento.

¡La multitud estaba entusiasmada! ¿Y por qué no iba a estarlo? Éste era el motivo por el que existía la arena. La muerte como diversión.

Boba estaba empezando a gustarle, un poco...

Los prisioneros no estarían de acuerdo con él. La mujer consiguió librarse de sus cadenas de alguna forma y saltó encima del poste.

¡Vamos! Pensó Boba. Aunque sabía que lo que pensaba no estaba bien, esperaba que se pudiera escapar. Entonces se podría unir a él para ver como eran asesinados los dos Jedis.

Estaba claro que Boba ya sabía que ese tipo de fantasías eran ridículas.

Nadie se escaparía. Lo que estaba sucediendo allá abajo en la arena era un espectáculo, pero también era una ejecución.

El Reek estaba dando vueltas a la arena, acuchillando el aire con su cuerno, y según le pareció a Boba, disfrutando de los salvajes vítores de la multitud. Entonces la gran bestia se giró, y empezó a cargar contra el poste del Jedi más joven.

¡PAM! El Reek golpeó el poste con un golpe seco, mientras el Jedi lo esquivaba saltando a un lado, tan lejos como la cadena se lo permitía.

Entonces el Jedi saltó con las cadenas, en la espalda del Reek, el cual era para él, el lugar más seguro de toda la arena.

¡Buen movimiento! Pensó Boba, a pesar de sí mismo.

En ese momento el joven Jedi hizo algo incluso mejor. Colocó la cadena alrededor del cuerno del Reek, así que cuando la bestia se dio la vuelta y movió la cabeza, la cadena se soltó del poste.

Ahora el Jedi podía utilizarla como un látigo.

Boba gritó. Como el resto de la multitud, estaba animando al Reek.

El otro Jedi, Obi-Wan, pasó hábilmente cuando el monstruo golpeó el poste, seccionándolo en dos – y rompiendo la cadena al mismo tiempo. El Nexu iba tras la mujer. Mostraba sus largos colmillos, y estaba intentando hacer trizas el poste donde ella estaba colgada, y desde donde apenas podía mantenerse.

Boba cerró los ojos.

Esto era algo que no quería ver.

La multitud empezó a rugir. ¡AAAAAWWWWWW!

Boba abrió sus ojos. El Jedi Obi-Wan había conseguido una lanza de algún sitio. Y la usó contra uno de los jinetes de los Orrays. El Acklay lo persigió pasando por encima del Orray y su jinete dejándolos aplastados en el suelo.

El Acklay abrió su enorme garra, y entonces...

¡CRRRRRRUNCH!

Fue el jinete, un trabajador de la arena, el que acabó partido en dos. Pero a la multitud de Geonosianos no les importaba. Lo único que querían ver era sangre. No les importaba a quién perteneciera esa sangre.

Mientras tanto, el joven aprendiz de Jedi estaba montando el Reek.

Utilizaba la cadena como bridas, controlando la bestia.

La mujer estaba intentando escaparse del Nexu, el cual le había desgarrado su camiseta. Utilizando su cadena para balancearse, voló por el aire,

golpeando al nexu dentro de la arena e hiriéndole en las piernas. Entonces aterrizó de nuevo en la parte superior del poste, fuera de su alcance.

¡Vamos! Pensó Boba de nuevo. Pensó para sí mismo.

El aprendiz Jedi se montó en el Reek, la bestia estaba totalmente bajo su control. La mujer saltó detrás de él. El Nexu gruñó y escupió con rabia – y entonces fue atacado y muerto por el Reek. El Jedi llamado Obi-Wan saltó detrás de la mujer, así que iban los tres en el Reek, marchando por la arena.

La multitud se volvió histérica. No es que estuvieran animando a los criminales – sino que más bien que estaban disfrutando con lo que estaba pasando.

Boba también gritó. Se alegraba que la mujer pudiera escaparse. Pero estaba tan lejos...

Pero era demasiado para el Neimoidiano. Se volvió hacia Jango Fett. Sus pequeños ojos estaban llenos de rabia.

"Esto no es como se supone que debía ser. Jango, ¡Acaba con ella!"

Boba se quedó observando, preguntándose qué es lo que haría su padre.

Jango no se movió.

El Neimoidiano lo miró fíjamente.

Jango Fett desvió la mirada.

El conde rompió el silencio.

"Paciencia, Virrey," dijo. "Ella morirá."

El griterío volvió a incrementarse y Boba miró de nuevo hacia la arena.

Las puertas se estaban abriendo de nuevo, las cuatro puertas a la vez. Los Droidekas fueron rodando hasta dónde estaban los prisioneros,

desplegándose al mismo tiempo que rodeaban a los prisioneros con sus temibles y brillantes armas que se reflejaban en la luz que entraba por el agujero de la parte superior de la arena.

Antes que Boba pudiera ni pestañear, los droidekas habían rodeado a los tres prisioneros encima del Reek.

Había acabado.

Boba cerró los ojos. No quería mirar. Entonces escuchó un sonido detrás de él.

Un golpeteo muy suave. Abrió sus ojos y se volvió, viendo una horrible visión. Un Jedi parado al lado de su padre.

La cara del Jedi era oscura, como el color de la madera. Sus ojos eran pequeños y crueles. Su sable de luz estaba desplegado y en funcionamiento.

Lo utilizó para inmovilizar a Jango Fett.

Capítulo 13

Los Geonosianos dejaron de chillar. Los droidekas dejaron de avanzar.

El Reek, con los dos Jedis y la bella mujer en su espalda, dejó de pavonearse. El silencio cayó sobre la arena y todos los ojos se apartaron de los Jedi y de los droidekas. De repente el espectáculo ya no estaba en la arena, si no que estaba en las gradas.

Todo el mundo miraba hacia el palco oficial, donde el Jedi sostenía su sable láser contra el pecho de Jango Fett.

¡Nosotros somos el espectáculo! Se dio cuenta Boba con horror.

Jango Fett se mantenía de pie sin moverse. Su armadura de combate Mandaloriana era inútil contra el sable láser del Jedi. Un movimiento de la muñeca del Jedi y Jango sería decapitado.

Boba estaba asustado.

Como siempre, el Conde mantuvo la calma. Boba se dió cuenta que le gustaba convertir todo en un juego, incluso una situación en desventaja.

Incluso una emergencia. El Conde parecía conocer al Jedi.

"Maestro Windu," dijo, en una suave y empalagosa voz, "que amable por tu parte que te unas a nosotros. Llegas justo a tiempo para el momento de la verdad. Creo que tus dos nuevos chicos deberían recibir un poco más de entrenamiento."

"Siento decepcionarte," dijo Jedi. "Esta fiesta ha terminado."

El Jedi hizo una señal con la mano. Le pareció a Boba como si aparecieran luces a lo largo de toda la arena.

Sables láser.

Habría al menos un centenar de ellos – algunos de ellos bajando por los pasillos hasta la arena, otros subiendo a las gradas. Venían todos a la vez.

Y cada una de ellas estaba en manos de un Jedi.

¿De dónde habrían venido? ¿Cómo se habrían introducido allí?

Boba estaba sorprendido de lo mala que era la seguridad Geonosiana. Y estaba empezando a entender el respeto de mala gana que tenía su padre con respecto a los Jedi. Tenían sus propias formas de hacer las cosas.

El Conde, como siempre, intentaba no mostrarse sorprendido. Ese era su estilo en medio de una crisis.

"Eres valiente pero alocado, mi viejo amigo Jedi," dijo. "Estáis en inferioridad numérica."

"No pienso lo mismo," dijo el Jedi llamado Windu.

Observó a la multitud y dijo: "Los Geonosianos no son guerreros. Un Jedi vale por un centenar de Geonosianos."

Pero el Conde se le encaró. "No estaba pensando precisamente en los Geonosianos."

Entonces el Conde realizó una señal con la mano, incluso más ligera y sutil que el que había realizado el Jedi. Boba escuchó un sonido como el de las tormentas de Kamino – un suave tamborileo. De repente todas las puertas de la arena se abrieron y las gradas se llenaron de droides de combate.

Los droides de combate bajaron los pasillos disparando sus láser, disparando a los Jedi y eliminando todo aquello que se interpusiera en su camino.

Disparos láser pasaban por encima de él, y Boba se agachó. El Jedi llamado Windu había pasado de la ofensiva a la defensiva en unos instantes. Estaba rechazando los disparos láser de los droides con su sable láser, era como si practicara esgrima con el aire.

Era todo lo que Jango Fett necesitaba. Se agachó y disparó el lanzallamas que tenía instalado en su armadura de combate.

¡WHO0000SH!

Windu se sumió en un torrente de llamas naranjas, y su túnica se incendió.

Estalló detrás de él como los gases de escape de un cohete mientras el Jedi saltaba de las gradas a la arena.

Jango lo dejó ir. Se volvió y entró en acción al lado de los androides de combate y las tropas Geonosianas, regando a los Jedis con fuego láser.

Los Jedi empezaron a agruparse en el centro de la arena, espalda contra espalda, alrededor del Reek con el aprendiz Jedi, Obi-Wan, y la bella mujer aún en su espalda.

¡La lucha continuaba!

El Reek no quería ser parte de ella. Dio una vuelta en el aire, y hechó a los tres de su espalda. Entonces empezó a correr en círculos salvajemente, gruñendo y resoplando, pisoteando y aplastando droides, tropas Geonosianas, Jedi, y transeúntes bajo sus pies.

"¡Vamos!" Boba gritó con fuerza esta vez. No importaba de que lado estaba – era emocionante estar viendo aquello. Sangre y cuerpos iban volando. Y la única persona que estaba allí abajo por la que se preocupaba, la mujer bella, permanecía sin recibir daño alguno, al menos de momento.

Ella permanecía en medio de la arena con los Jedi. Alguien le había proporcionado un rifle láser. Estaba preciosa con él, disparando contra los droides y los Geonosianos por todos lados.

Jango permanecía al lado Boba, cobrando un costoso peaje en las gradas, disparando con eficiencia mortal contra los Jedi. Era la primera vez que veía a su padre en medio de una batalla de aquellas características.

¡Y se lo estaba pasando en grande!

"¡Permanece atrás, Boba!" Ordenó Jango, Boba sabía mejor que nadie que no debía desobedecer aquella orden. Pero eso no significaba que no pudiera mirar por encima de la barandilla y ver lo que sucedía en la arena.

En medio de la confusión, Boba vio al Jedi Mace Windu, el Jedi que había atacado a su padre. Se estaban moviendo entre los droides y las tropas Geonosianas con sus sables láser, liderando a los Jedi con su valor.

El Reek también lo vio, también. La gran, y cornuda bestia empezó a perseguir a todo el mundo en la arena. Boba sonrió. El Jedi pasaba de ser cazador a ser cazado en unos instantes.

Mace Windu trató de hacer un movimiento. Amagó que se paraba y atacó al Reek con su sable láser. Pero el Reek siguió avanzando – y de un golpe le arrebató su sable láser de su mano

El sable salió volando, y el Jedi se marchó corriendo.

Jango Fett puso sus grandes, y enguantadas manos en la cabeza de su hijo y le dijo: "Estate quieto aquí, Boba. ¡Volveré!"

Esas palabras se convirtieron en lo último que le diría a su único hijo.

Capítulo 14

Jango Fett usó su mochila jet de su armadura Mandaloriana para saltar a la arena. Aterrizó en medio de la lucha. El Reek, el cual no hacía distinción entre amigo y enemigo, intentó acabar con él.

Desde las gradas, Boba vio a su padre haciendo todo lo posible para esquivarlo moviéndose arriba y abajo y a los lados, intentando salir de su camino. Se mordió la lengua para no ponerse a gritar. Sus garras estaban afiladas como cuchillas.

Pero Boba no necesitaba preocuparse. Su padre rodó sin impedimentos, saltó a sus pies, y procedió a matar a la bestia. Un par de disparos acabaron con el Reek.

Entonces Jango Fett y el Jedi, Mace Windu se enfrentaron, cara a cara, mientras la lucha se desarrollaba a su alrededor.

Boba permanecía de puntillas, intentando ver lo que sucedía, al mismo tiempo que esquivaba los rayos que llenaban el aire como insectos enojados. Super androides de combate, más poderosos que los androides de combate, estaban dominando la batalla.

El polvo se elevaba formando una nube. La arena se llenó de gritos, el zumbido de los sables láser y los impactos de los rayos láser. Boba aulló

"¡Papá! " mientras intentaba verlo en medio de la batalla.

Y entonces lo vio.

Vio el sable láser bajando en arco mortal. Vio volar el casco vacío de su padre. Vio como el cuerpo de su padre caía de rodillas, como si rezara.

Boba se quedó sin respiración cuando vio que Jango Fett caía sin vida en la ensangrentada arena.

"¡No!" Lloró Boba. No, ¡No puede ser!

El impacto cercano de un disparo de fuego láser empujó a Boba al suelo.

Tropezó cayendo al suelo, con los oídos pitando, vio que la arena estaba cubierta con cuerpos y piezas de los droides y los droidekas.

El Acklay y el Reek estaban muertos. Los Jedi estaban superados en número pero continuaban luchando. La bella mujer estaba justo en medio, disparando contra los droides y los Geonosianos.

Boba no podía ver ni a su padre ni al Jedi con el que había estado luchando.

¿Lo habría soñado todo? El movimiento del sable láser, el casco volando, su padre cayendo sobre sus rodillas, para luego caer al suelo como un árbol.

Una alucinación, decidió Boba. ¡Eso era! Su padre estaba en un algún lugar a salvo en las gradas.

Boba sabía que a Jango no le gustaba luchar al lado de los droides. Jango Fett despreciaba a los droides porque no tenían imaginación. La imaginación, solía decir, era la parte más importante de un guerrero.

Una alucinación, pensó Boba, bajando por las escaleras hacia la arena.

Incluso sin imaginación, los super droides de batalla estaban ganando la batalla. Estaban programados para ganar, o al menos para no rendirse nunca. Y a pesar de sus bajas, eran mucho más numerosos que los Jedi.

Los droides en las gradas continuaban disparando, y los droides en la arena continuaban avanzando contra no más de veinte Jedi restantes.

Permanecían en el centro de la arena, espalda contra espalda, con sables láser y armas al límite de su resistencia. ¡Atrapados!

Los pasillos estaban impracticables, así que Boba saltó de asiento a asiento, hacia la arena. Los Geonosianos vitoreaban mientras los droides avanzaban para acabar con los Jedi. Entonces el Conde levantó la mano.

"Maestro Windu!"

Silencio.

Boba se detuvo. ¿Qué era lo que veía? El Jedi contra el que su padre había estado luchando subía las escaleras, cubierto de polvo y sudor.

"Has luchado con valentía," dijo el Conde. "Es digno de reconocimiento."

Boba no pudo seguir escuchando. Sabía que todo era mentira. Lo tenía que ser.

Continuó saltando de un asiento a otro, bajando hacia la arena, empujando y abriéndose paso entre la multitud.

No podía pensar. No quería pensar. Tan solo quería llegar a la Arena y encontrar a su padre, Jango Fett, el cual le diría: "No te preocupes, Boba, todo ha sido un sueño. Una alucinación."

"Ya se ha acabado todo," dijo el Conde. "Rendíos, y vuestras vidas serán respetadas."

"No seremos rehenes con los que negociar, Dooku."

"Entonces lo siento, viejo amigo," dijo el Conde. "Tendréis que ser destruidos."

El Conde asintió con la cabeza y los droides empezaron a disparar contra el pequeño grupo de Jedi para acabar con ellos, cuando de pronto la mujer miró hacia arriba.

Todo el mundo en la arena empezó a mirar hacia arriba.

Boba también se detuvo y miró hacia el cielo.

Descendían naves de asalto del espacio.

Una, dos, tres naves de asalto... seis en total.

Aterrizaron alrededor de los supervivientes Jedi. Las puertas de la nave se abrieron y las soldados salieron a raudales, bajando por las rampas y disparando contra los droides. Boba conocía bien esos soldados, sin embargo estaba sorprendido de verlos. Los Jedi regresaron a la nave, bloqueando los disparos láser con sus sables láser.

La batalla estaba en marcha de nuevo, pero Boba apenas se daba cuenta.

Empezó a correr de nuevo, saltando de asiento a asiento, bajando hacia la arena, mientras las naves de transporte despegaban, con los Jedi aún subiendo por las rampas. Algunos apenas agarrados por las puntas de los dedos mientras las naves se elevaban.

Se estaban marchando. No tan solo la bella mujer, también el Jedi que él y su padre odiaban. El Jedi Obi-Wan; el aprendiz Jedi; y el luchador de piel oscura llamado Mace Windu. ¡Estaban escapándose todos!

A Boba no le importaba. Lo único que le importaba era encontrar a su padre. Atravesó el último pasillo, abriéndose paso aturdido a través de la multitud.

Saltó por encima de la pared para ir a parar a la arena.

"¡Papá! ¡Papá! ¡¿Dónde estás?!"

La arena bajo sus pies estaba impregnada de sangre. Los cuerpos se amontonaban por todos los lados.

Un droide que había sido partido por la mitad iba moviéndose en círculos, golpeando armas, piezas de droide y cuerpos en todas direcciones.

Una pieza fue rodando hasta los pies de Boba, golpeó su pie, y se detuvo.

Boba miró hacia abajo y vio el casco de Jango Fett.

¡Papá! Con las estrechas aberturas para los ojos estrechos, era tan familiar como la cara de su padre. Más familiar, de hecho.

Estaba ensangrentado, y estaba vacío. Como el espacio en blanco al final de un libro.

Acabado. Fin de la historia.

Mientras caía de rodillas y recogía el casco de su padre, Boba supo que la pesadilla que había visto desde las gradas no había sido un sueño.

Era real. Todo.

Capítulo 15

Nadie le presta atención a un niño de 10 años, especialmente cuando está en medio de una batalla.

Especialmente cuando está vagando aturdido. Tropezando con los cuerpos y senderos de sangre. Ajeno a los disparos láser que pasaban cerca de su cabeza o los charcos de sangre a sus pies.

Especialmente cuando ignora los lamentos de los vivos y los gritos de los muertos ignorando sus propios lloros.

Boba era invisible.

Era invisible incluso para sí mismo. No sabía lo que estaba pensando o lo que estaba sintiendo o lo que estaba haciendo. Era insensible. Era como estar en el sueño de otro.

Cargó con el vacío casco de su padre acunándolo con los dos brazos, mientras él iba tropezando en la arena entre los restos de la batalla; mientras las tropas luchaban contra los últimos droides y los transportes partían con

los Jedi rescatados; mientras los asustados Geonosianos abandonaban la arena en estampida.

Llevaba la pieza rota de la armadura de su padre a través de las piezas rotas de su mundo.

¿Se pensaba que podría hacer regresar a su padre?

¿Se pensaba que podría hacer volver su antigua vida?

Boba no pensaba en nada. Era insensible. Todo se había ido, nada tenía importancia.

Todo se había convertido en piezas. Piezas que estaban en todas partes.

Piezas de droides, partes de cuerpo, la muerte y la agonía. Aquellos que aún estaban vivos, y algunos de ellos que no lo estaban, continuaban disparando sus armas salvajemente.

Boba pasó al lado de un droide que giraba como una peonza, había perdido su pierna derecha. Disparando a la vez que daba vueltas, pulverizando las plantas superiores de la arena y asustando las multitudes de Geonosianos.

Rayos láser golpeaban el suelo a su alrededor, lanzando al aire geyser de arena. A Boba no le importaba. Boba continuó caminando.

Tropas con armaduras de combate avanzaban, disparando mientras corrían.

Uno agarró el brazo de Boba y lo arrojó al suelo. "¡Abajo!"

¡WHARR000MM!

Una explosión pasó por dónde Boba había estado. Golpeando su estómago.

¡W HA R ROOOM M!

Otra explosión – y Boba sintió como la arena le picaba las mejillas.

Escondió su cara entre sus brazos, cerca del casco vacío. Cuando abrió los ojos y miró hacia arriba, lo vio...

¡Papá! Era su padre, Jango Fett, ¡Mirándolo a él! Boba alcanzó la mano de su padre, y...

Entonces, como si hubiera recibido un golpe, Boba vio lo equivocado que estaba. No era su padre. Era el soldado que le había salvado la vida, o alguno de los otros. Por que todos parecían iguales con la armadura. Era su gemelo, solo que más maduro. Era como su padre, un poco más joven.

Era uno de los clones.

Al tropezar con él, Boba se dio cuenta sin posibilidad de error – y con horror – que los soldados que había visto salir de las naves de transporte eran parte del ejército clon que su padre había entrenado en Kamino. Allí estaban, en acción por primera vez, en Geonosis. Imbatibles, como había predicho su padre. Pero estaban luchando en el lado equivocado.

¡Luchando por los odiados Jedi!

¡No! Pensó Boba, cerrando los puños. Su decepción se vio reemplazada por sentimientos de traición y rabia.

"¡Es solo un niño!" dijo el soldado. "Pensamos que eras uno de los nuestros." Corrió con los otros clones hacia la nave de transporte que estaba a punto de partir.

"¡No soy uno de vosotros!" Murmuró Boba enfadado. "Y nunca lo seré.

Soy el hijo real de Jango Fett."

La arena estaba casi vacía. El archiduque no se veía en ningún lado. Al Conde tampoco se le veía. La lucha casi había acabado. La última nave de transporte estaba despegando, disparando contra todo lo que se movía en la arena.

Pero Boba apenas se daba cuenta de lo que pasaba. Miraba hacia abajo, no hacia arriba. No se preocuparía nunca más por los clones. Tenía un trabajo que hacer. Un último trabajo para Jango Fett.

Estaba oscureciendo. Los anillos de Geonosis ocupaban la mitad del cielo con un brillo anaranjado. Llevando el casco en el brazo, Boba andaba en círculos, tropezando en la arena humedecida con sangre. Al final, encontró lo que estaba buscando. De hecho, tropezó con ello.

Era el cuerpo de su padre, vestido aún con lo que quedaba de su armadura de combate Mandaloriana, rallada y sangrienta.

Boba colocó el casco en el pecho de su padre, entonces se sentó a su lado.

Estaba cansado pero no tenía tiempo para descansar. Se dio cuenta que una lágrima se abría paso a través de la arena que se le había pegado en la mejilla. La secó con un gesto de la mano.

Era demasiado pronto para llorar. Boba aún tenía un trabajo para hacer.

Había oscurecido, o tan oscuro como se podía estar en ese planeta. La batalla se había movido de la arena y había empezado a extenderse por el planeta.

Los Geonosianos – ahora que habían recuperado el control – enviaban escuadras de drones para recoger los muertos. Lanzaron los cuerpos al fuego. Los droides averiados y dañados eran más afortunados. Eran recogidos por robots para ser colocados en una pila de recuperación, para ser reciclados.

Boba estaba sentado al lado del cuerpo de su padre cuando un robot pasó por su lado, en su segunda ronda por la sangrienta arena.

Boba sabía lo que tenía que hacer. No era como los clones. Era el verdadero hijo de Jango Fett. Tenía que cuidar del cuerpo de su padre. Y

mientras el se dedicaba a hacerlo, podía mantener apartados los sentimientos que no quería sentir.

El robot zumbaba y daba sacudidas mientras se movía de un sitio a otro, buscando entre la arena más partes para recuperar. Boba dejó el cuerpo de su padre en el camino del robot, para que fuera recogido. Con su armadura de combate Mandaloriana, Jango Fett parecía como un androide. Un droide destrozado.

Boba subió al transporte y se sentó al lado de su padre. Sostuvo el casco de combate en sus brazos mientras el robot se dirigía hacia la arena, dirigiéndose hacia el desierto.

Boba estaba haciendo lo que tenía que hacer. Era lo único que importaba.

Por ahora.

El depósito de chatarra estaba en la misma colina donde Boba había visto al Jedi con su caza estelar. Era una inmensa montaña de circuitos rotos, piernas, brazos, ruedas, cabezas, cuchillos y torsos.

El transporte llegó al límite de su capacidad y se dirigió hacia la ciudad de stalagmitas, hacia el pasadizo subterráneo. Boba sacó el cuerpo de su padre fuera de la montaña de restos de la colina.

La colina parecía un buen lugar para descansar. Más tranquilo, y con toda seguridad más bonito.

Boba sacó la armadura de su padre y la dejó al lado. Le dio una última mirada a los fuertes brazos y piernas que lo habían protegido. Entonces, utilizó los restos del brazo de un droide como pala, para cavar una tumba para su padre en la arena.

Con los restos de un brazo de un droide hizo una "J," y al encontrar otro brazo lo utilizó para hacer una "F." Las colocó encima del montón de piedras y arena.

Jango Fett. Se había ido pero no sería olvidado.

De forma repentina Boba se sintió muy cansado. Se sentó al lado de la armadura de su padre. Le hubiera gustado tener algo para comer.

Temblaba. El viento del desierto era helado.

Boba se giró y miró los grandes anillos anaranjados que envolvían el planeta. Era como si lo estuvieran acunando con sus brazos. Era una vista tranquilizadora....

Boba durmió sin interrupción durante toda la noche. Sus sueños (los cuales olvidó) fueron sobre la madre que nunca había tenido, y el padre que había tenido la suerte de tener. Se levantó a la mañana, sorprendido al notarse descansado. Entonces se dio cuenta que una serpiente se había enroscado en su cuerpo mientras dormía, manteniéndolo caliente.

Con rapidez, Boba saltó y se quedó de pie. La serpiente de arena aulló y se marchó asustada.

¿Sería la misma? Se preguntaba Boba.

No importaba. Lo único que importaba era que su trabajo estuviera hecho, por ahora. Su padre estaba enterrado. El pequeño montículo con las iniciales JF era la prueba.

Mirándola, Boba se dio cuenta de lo mucho que hecharía de menos a su padre, el cuál lo había protegido, guiado y vigilado... además de amarlo.

Ahora estaba solo, totalmente solo.

Y por primera vez, en mucho tiempo, lloró.

Capítulo 16

Era el momento de pensar con claridad, el momento de hacer planes. El momento de pasar a la acción.

Las cosas más importantes primero, decía Jango Fett.

Lo primero que tenía que hacer, era tener cuidado de la armadura de combate Mandaloriana: “El traje, el casco, la mochila cohete, y todas las armas. Serán tuyas algún día,” decía su padre.

Pero por ahora, Boba era demasiado pequeño para ponérsela o incluso para llevarla de un lado a otro. Así que la limpió, y la escondió en una cueva bajo un acantilado. Volvería a por ella más adelante.

Lo segundo que tenía que hacer era el libro negro que su padre le había dejado; o más en concreto, el mensaje que le había dejado.

“Te explicará lo que necesitas saber.”

Boba tendría que regresar al apartamento para recuperarlo. Eso implicaba un problema, por el caos que se había producido por la batalla y que se había extendido desde la arena. Había sido recluido en su habitación por su padre, lo que significaba que su huella retinal seguramente no le abriría la puerta.

Boba cogió el casco de combate para llevárselo consigo, solo por si acaso.

Como Jango casi siempre lo llevaba puesto, podría contener algún código que le pudiera servir.

El siguiente problema sería entrar en la ciudad de estalagmitas. Lo puedo lograr, pensó, mientras oía como eran aplastadas las piezas de los droides averiados en la colina.

Primer movimiento de la mañana.

Tan cerca y tan lejos, pensaba Boba mientras el transporte Boba atravesaba el paso subterráneo. Su padre estaría orgulloso.

Se sintió triste mientras se acercaba, pero alejó esos sentimientos. Habría tiempo para todo más adelante. Por ahora, la mejor forma de honrar a su padre sería aprender y vivir según el código Jango Fett.

Eso podría tomarle algún tiempo hacerlo, pero tendría que valer la pena.

Habría sido el plan de Jango para su hijo. Ahora era el plan de Boba para sí mismo.

Llevando consigo el casco de combate, Boba subió las escaleras hacia su apartamento. Pasó al lado de dos o tres Geonosianos, y ellos apenas lo reconocieron.

El hecho de tener diez años reportaba ciertas ventajas. Una de ellas es que nadie piensa que estés haciendo algo que parezca ser importante.

La puerta se abrió tan pronto cuando la tocó. El apartamento estaba casi vacío. Jango Fett siempre había viajado con muy poco equipaje. Boba buscó el libro negro en la caja donde había guardado su ropa y sus viejos juguetes.

No estaba allí.

De pronto, le vino a la mente su último viaje a la librería de Tipoca City. Se dio cuenta, con terror, de lo que había hecho. Había entregado el libro negro mezclado con los otros libros. Parecía tan solo un libro, después de todo. ¡Tendría que volver a por él!

Ese era el motivo por el que Whrr intentó hacerle regresar. Pero Boba tenía demasiada prisa como para escuchar.

¡La información que necesitaba estaba en Kamino!

Boba lanzó algo de ropa y el casco de combate en la bolsa de vuelo de su padre. Tratando de no ser visto, cruzó la ciudad de estalagmitas, hacia la plataforma de aterrizaje donde el Esclavo I estaba estacionado.

Había aprendido que la mejor forma de no llamar la atención era no apresurarse para no llamar la atención. Eso era fácil. Pero tenía algo más de lo que preocuparse.

¿Podría pilotar la nave por sí solo, sin su padre observando por encima de su hombro?

Había una única forma de saberlo.

Boba se dio prisa.

Había un guardia en la puerta de la plataforma de aterrizaje. Aunque los Jedi habían abandonado el planeta, los Geonosianos seguían cuidando sus propiedades.

Sería fácil de colarse mientras el guardia estuviera ocupado hablando con el otro Geonosiano.

O eso era lo que Boba pensaba.

"¿Dónde crees que vas?" El guardia bloqueó el camino con su arma.

"Mi padre," dijo Boba. Levantó su bolsa de vuelo. "Me ha dicho que le coloque su bolsa en la nave."

"¿Cuál de ellas?"

Boba se dirigió al Esclavo I. Era la nave más pequeña en la plataforma de aterrizaje. Su superficie surcada de marcas y huellas de impactos de todo tipo parecía desmentir su gran velocidad y maniobrabilidad.

"De acuerdo, de acuerdo," dijo el guardia, volviéndose hacia su amigo y sus cotilleos. "Pero tienes solo cinco minutos. Entonces te echaré."

No tenía tiempo para comprobar si el Esclavo I había sido repostado. Jango le había enseñado a realizar todas las comprobaciones de prevuelo, pero también había le enseñado que también había momentos que las tenía que pasar por alto. Momentos en que uno tenía que confiar en la suerte.

Boba se apresuró. El guardia podría ir a buscarlo en cualquier momento.

Una vez estuvo en la cabina, Boba se colocó el casco en la cabeza y se sentó en la silla de vuelo. Para alguien que lo viera desde fuera, parecería un adulto. O eso esperaba.

Cruzó los dedos mientras encendía los motores y empezaba a mover la nave, tal y como le había enseñado su padre.

Tan cerca y tan lejos. El guardia de la puerta incluso le hizo un rápido gesto de “adiós” con la mano cuando Boba hizo despegar el Esclavo I de la plataforma y se introdujo en el nublado cielo de Geonosis.

Se sentía muy cómodo en la nave, casi como si estuviera en su casa. Boba agradecía todo el tiempo que había pasado practicando, o fingiendo que lo hacía. Ya que estar fingiendo que vuelas es un tipo de práctica.

Las reservas de combustible estaban bajas, pero tenía lo suficiente como para llegar a Kamino. Estaba en su camino. Hubiera deseado que su padre lo estuviera viendo. Sabía que estaría orgulloso.

Ese pensamiento, en vez de ponerle alegre, lo entristeció. Intentó apartarlo de su mente.

Tenía más cosas de las que preocuparse.

Como la señal que le indicaba la pantalla que vigilaba la zona trasera.

Era un caza Jedi, en su estela.

El Jedi debía haber salido detrás de él en busca de rezagados, pensó Boba.

¿Está ahí para perseguirme? ¿Para obligarme a aterrizar? ¿O para derribarme?

Boba no lo sabía.

Sabía que no podría dejar atrás al caza. Y dado que apenas conocía el armamento del Esclavo I, no podría luchar contra él. Tan solo le quedaba una opción

Tendría que despistarlo.

En vez de dirigirse hacia el espacio, Boba se introdujo entre los cañones y colinas que rodeaban a la ciudad de estalagmitas. Usando toda la maniobrabilidad del aparato, se deslizó a través de los estrechos cañones, girando a la derecha, girando a la izquierda, tan rápido como podía.

El caza lo estaba alcanzando. Pero todo iba bien. Era parte del plan de Boba.

Recordó una estratagema que su padre le había explicado. Una estratagema que Jango Fett, había utilizado una única vez. (Jango Fett no usaba una misma estratagema dos veces).

Boba redujo la velocidad donde el cañón se bifurcaba, a izquierda y derecha. Lanzó un misil a la pared de la derecha del cañón, entonces giró a la izquierda y aterrizó en una estrecha cornisa bajo el abrigo de un acantilado.

Boba apagó los motores y esperó. Y siguió esperando.

Si el movimiento tenía éxito y el caza Jedi veía las marcas de la explosión en la pared, y se daba la vuelta. Pero y si no lo hacía...

Si no lo hacía, el caza aparecería a su lado, disparando sus lázers. O

llamaría pidiendo refuerzos, y el cielo se llenaría con cazas. O...

Al final, Boba dejó de esperar y volvió conectar los motores. Su movimiento había tenido éxito. El caza Jedi había visto la explosión y había regresado por donde había venido.

Boba gritó con satisfacción mientras despegaba. ¡Se ha pensado que me he estrellado contra la pared!

Boba lanzó el Esclavo I hacia los anillos y más allá. Antes nunca había estado solo en el espacio.

Se había sentido solo en el planeta después de la muerte de su padre, y particularmente después de haberlo enterrado. Pero esto era diferente. Se puede estar solo y se puede sentir la soledad.

No había lugar más solitario que el vacío del espacio.

Por que en el espacio, no hay nada. Cero. El vacío...

Bienvenido a la gran nada.

Boba tembló al pensar en el vacío que había a su alrededor, entonces dejó a un lado ese pensamiento. No tenía tiempo para la gran nada. Pensaba en su padre y su código: un cazador de recompensas nunca se distrae con las grandes cosas. Sabe que son las cosas pequeñas las que cuentan.

Boba tenía un trabajo para hacer. Tenía que encontrar el libro negro.

Boba subió a un orbita superior, por encima de los anillos.

Debajo suyo Geonosis parecía pacífico. Era difícil de creer que acabara de ver la fiera lucha en la que habían matado a su padre, y a cientos – tal vez miles, de otros seres.

Era una vista preciosa, pero Boba no iba a perder el tiempo disfrutando de la vista. Estaba preparando la nave para realizar el salto al hiperespacio.

Para regresar, era un proceso muy simple. Dado que Kamino era el último lugar que el Esclavo I había estado, todo lo que Boba tenía que hacer era recuperar las coordenadas del ordenador de navegación.

La nave se podría ocupar del resto. Así que lo hizo.

Capítulo 17

En el hiperespacio, todos los sectores de la galaxia están interconectados.

Lo cerca está lejos, y lo lejos está cerca.

La nave estaba entrando en un agujero. No, estaba saliendo del agujero.

Boba estaba de regreso al espacio "normal".

Estaba flotando en órbita alrededor de lo que parecía una bola de nubes cosidas todas juntas mediante rayos.

¡El tormento Kamino!

Su hogar. O lo que más se había parecido a un hogar que Boba Fett hubiera conocido nunca.

Boba se frotó los ojos, se estiró y puso al Esclavo I en una trayectoria de descenso. Nubes grises pasaban como banderas desgarradas. Pasaban luces brillantes a su lado, y los truenos se extendían con fuerza. Mientras la pequeña nave reducía la velocidad por debajo de la velocidad del sonido, la lluvia repicaba en el parabrisas de la cabina.

Boba ajustó la velocidad y fue bajando lentamente hacia las luces de Tipoca City. Había observado a su padre un montón de veces, pero esa era la primera vez que él llevaba la nave.

Lo gracioso era que él no se sentía solo. Era casi como si Jango Fett estuviera detrás de él. Boba casi podía sentir su gran mano en su hombro.

¡Perfecto! Apagó los motores y accedió a la pista de aterrizaje con una fuerte sacudida.

El tiempo en Tipoca City era el normal, lo que significa que había una gran tormenta en progreso – lo que ya le iba bien a Boba. No quería que lo detectaran.

Había llevado puesto el casco de combate, por lo que cualquiera que estuviera observando el aterrizaje del Esclavo I pensaría que había un adulto llevándola. Pero no tendría que haberse preocupado.

La pista de aterrizaje estaba desierta. No había nadie a su alrededor.

Boba cogió un poncho y salió de la cabina, después de colocar los sistemas de mantenimiento de vida conectados para que recogieran agua y aire, los cuales se podían encontrar en abundancia en Kamino.

Especialmente el agua – ¡En forma de lluvia!

La pequeña librería al final del pasillo estaba a oscuras. Boba picó en la puerta.

"¿Whrr, estás ahí?"

¿Había llegado demasiado tarde? ¿O habría llegado demasiado pronto?

Boba sufría de jet-lag espacial, y se daba cuenta que no tenía idea de que hora era en City.

"Whrr, por favor. ¡Abre!"

La luz de la ranura se encendió.

Boba deseaba que la puerta se abriera para así poder entrar, libre de la lluvia, pero la librería era tan solo una sucursal.

Sin embargo se deslizó un toldo, para protegerle de la lluvia. Y oyó un familiar chasqueo y siseo en el interior.

"Whrr, soy yo."

"¿Boba? ¡Has vuelto! ¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado?" Preguntas muy cortas con unas respuestas muy largas. Boba le contó a Whrr toda la historia, desde que el momento que él y su padre habían dejado el planeta sin tiempo para nada, hasta la horrible escena en la arena, en la que había visto como mataban a su padre.

"Oh, Boba, eso es horrible. Eres huérfano, con tan solo diez años de edad.

¿Tienes lo suficiente para comer? ¿Tienes dinero?

"No exactamente," dijo Boba. "Algunas galletas. Y un par de calcetines."

"Hmmmmmm," siseó Whrr.

"Estaré bien," dijo Boba. "Pero tengo que encontrar algo que mi padre me dejó. Por accidente te lo di a ti."

"¿Un libro?"

"¡Sí! ¡Lo recuerdas! Parece un libro. Es negro, con nada inscrito en la cubierta. Lo devolví por error, con los últimos libros que te traje antes de irme."

"Te lo devolveré."

Se produjo un zumbido y un repiqueo, un estruendo y el rechinar de piezas metálicas que se friegan. Al momento Whrr estaba de regreso – con buenas noticias.

"Aquí lo tienes," dijo, pasando el libro por la ranura. "Pero hay una deuda que saldar, como sabes."

"¿El qué!?"

"Hay un dinero pendiente de pagar por este libro. Bastante dinero."

"En realidad no es un libro. Además, no lo he comprobado. ¡Es mío! Te lo dejé a ti."

"Exactamente," dijo Whrr. "Lo que significa que la librería te debe algo, déjame pensar, dos cientos cincuenta créditos."

"Eso es imposible..." Empezó Boba.

"Los siento," dijo Whrr, pasando el dinero por la ranura. Una deuda es una deuda y debe ser pagada." Ahora podrás dedicarte a tus asuntos, Boba, y que tengas buena suerte. Ves y ven a verme alguna vez. Si alguna vez pasas cerca de aquí.

Lo he captado, pensó Boba. Soy un poco lento, pero lo he captado.

"Gracias, amigo mío," dijo. "Algún día regresaré a Kamino. Volveré para verte, te lo prometo."

"Adiós, Boba," dijo Whrr a través de la ranura. La luz se apagó y Boba escuchó un extraño ruido que procedía de la posición de Whrr.

Debe ser la lluvia, pensó, por que todo el mundo sabe que los droides no lloran.

¡Boba no era capaz de creer la suerte que tenía! Con doscientos cincuenta créditos podría comprar comida y repuestos, incluso algo de ropa, cuando hubiera repostado combustible. Eso era vital – dado que no sabía como acceder a las cuentas de su padre.

¡Y ahora ya tenía el libro negro de su padre! Lo colocó bajo su poncho, donde lo llevaba para protegerlo de la lluvia.

Antes de salir del planeta, Boba quería hacer una parada.

Quería dar una última mirada a su apartamento donde él y su padre habían vivido, y donde el había pasado los diez primeros años de su vida (por supuesto, apenas se acordaba de nada).

Afortunadamente, le pillaba de camino hacia la pista de aterrizaje.

Mientras Boba subía con el turboascensor, pensaba en las cerraduras. ¿Las habrían cambiado? ¿Reconocerían sus huellas digitales y retinales?

No le haría falta. La puerta estaba abierta.

El apartamento estaba a oscuras. Era escalofriante. Nunca más lo vería como su hogar.

Boba cerró la puerta y estaba a punto de apagar las luces cuando escuchó una voz detrás de él.

"Jango."

Era Taun We.

Boba apenas podía verla con las ténue luz de la ventana. Estaba sentada en el suelo con sus largas piernas dobladas fuera de la vista bajo su largo cuerpo.

"He visto llegar al Esclavo I," dijo ella...

Boba cruzó la habitación y se paró frente ella.

Taun We lo miró, asustada. "¿¡Boba!? ¿Eres tú? ¿Dónde está tu padre?"

Boba había considerado siempre a Taun We como a una amiga. Así que se sentó a su lado y se lo explicó.

"Pobre chiquillo," dijo, pero sus palabras eran frías y mecánicas. Boba se dio cuenta que ella no era su amiga después de todo.

"¿Qué querías contarme sobre mi padre?" Preguntó.

"Los Jedi," dijo. "Han venido y se han llevado el ejército clon, después de que tú y tu padre marcháseis. También le querían hacer unas preguntas a Jango Fett. Ahora que está muerto, querrán hacértelas a ti."

"Mi padre odiaba a los Jedi."

"No tengo ningún sentimiento hacia los Jedi," dijo Taun We. "Aunque en realidad, los Kaminoanos tenemos pocos sentimientos. Es nuestra naturaleza. Para ser imparciales tenemos que contarte que ellos van detrás de ti. En el momento que les he contado el Esclavo I había aterrizado Tipoca City, y que seguramente tú y tu padre habían venido aquí."

"¿¡Qué has hecho qué!?"

"Tengo que ser imparcial con todo el mundo," dijo Taun We. "Es nuestra forma de ser."

"¡Muchas gracias!" Dijo Boba dirigiéndose hacia la puerta. No se molestó en cerrar la puerta después de salir. No podía creerse Taun We lo hubiera traicionado a los Jedi. Y se había pensado que ella era una amiga. Entonces recordó el código de su padre. "No tengas amigos, ni enemigos. Tan solo aliados y adversarios."

¿Y qué pasaba con Whrr? Pensó mientras pulsaba el botón para llamar el turboascensor. ¿No era Whrr un amigo? ¡Todo era demasiado confuso como para pensar en ello!

Boba estaba totalmente inmerso en sus pensamientos cuando llegó el turboascensor. Entonces la puerta se deslizó a un lado, y...

Era una Jedi. Una mujer, joven y alta.

Boba se apartó a un lado y la dejó pasar. Mantuvo la calma, y continuó caminando.

"¿Siri? Has llegado tarde," dijo Taun We desde el interior del apartamento.

"¡Ya te puedes apostar que me he ido!" dijo Boba mientras abría la puerta de la tolva de basura y se lanzaba al interior. Cerró sus ojos y aguantó la respiración mientras caía...

No era la caída lo que temía, era el aterrizaje. La pila de basura al fondo podría ser dura o...

¡BUMMM!

¡Blanda! Por suerte, estaba compuesta de ropa y papel.

Boba se sorprendió de encontrarse a sí mismo sonriendo mientras se restregaba y corría hacia la puerta, hacia la seguridad del Esclavo I.

Capítulo 18

Una cosa buena del tormentoso Kamino es que había un montón de perturbaciones eléctricas que cubrían su paso, incluso del radar.

Boba Fett sabía que una vez hubiera dejado la plataforma de aterrizaje, sería difícil que lo pudieran perseguir. Introdujo el Esclavo I en las espesas y grises nubes, cambiando el rumbo varias veces para asegurarse que nadie le

seguía, entonces se elevó abandonando la atmósfera y entrando en la quietud del espacio, en una baja y larga órbita.

De regreso a la gran nada.

Por fin tenía un momento para revisar el libro negro. El mensaje que su padre le había prometido que lo guiaría cuando estuviera solo.

Agarró la cubierta con fuerza, esperando que esta estuviera cerrada y le costara abrirla. Pero se abrió con facilidad. En vez de páginas y fotografías, Boba vio una pantalla.

Era lo que Jango le había dicho. No era un libro, era una pantalla para mensajes. Una imagen estaba apareciendo en pantalla, un planeta...

No, era una cara. Que se volvía más clara.

Era la cara del padre de Boba.

Era una imagen débil pero era él. Los ojos de Jango Fett estaban completamente abiertos. Parecían tristes, más tristes de lo que habían estado nunca.

"Boba."

"¡Papá!"

"Escucha, Boba. Estás viendo esto por que me he ido. Por que te tienes que valer por ti mismo. Estás solo.

A Boba no se lo tenían que explicar. Se sentía muy solo.

"Así es como funcionan las cosas. Todo tiene que tener un final. Incluso el amor de los padres, e incluso soy algo más que un padre para ti.

Recuérdame, y recuerda que siempre te he querido."

"La haré, padre," susurró Boba, aunque sabía que su padre no le podría oír.

"Nunca te olvidaré."

"Hay tres cosas que necesitas, ahora que me he ido. Únicamente puede señalarte el camino hacia ellas. Estas tres cosas las tienes que buscar y encontrar por ti mismo."

Por ti mismo. Las palabras sonaban frías, de una forma familiar.

"La primera es ser autosuficiente. Para lograrlo debes encontrar a Tyranus para acceder a los créditos que he ido apartando para ti. Lo segundo es el conocimiento. Para el conocimiento debes encontrar a Jabba. Él no te lo dará; deberás arrebatárselo. El tercero y más importante es el poder. Lo encontrarás a tu alrededor, de muchas maneras. Pero ten precaución, algunas veces es peligrosa. Y una última cosa, Boba..."

"¡Sí, papá! ¡Lo que sea!"

"Conserva el libro y mantenlo cerca de ti. Ábrelo cuando lo necesites. Te guiará cuando lo leas. No es una historia pero es una forma de hacer las cosas. Sigue ese método y un día serán un gran cazador de recompensas.

Cuando estaba vivo estaba seguro que lo lograrías, también estoy seguro que... "

La imagen se apagaba. "¡Papá!"

La pantalla estaba en blanco. Jango Fett se había ido. Boba cerró el libro negro. La cubierta se selló con un suave click.

Guau.

Boba no sabía si sonreír o llorar, así que hizo las dos cosas, mientras se sentaba con su libro negro en sus rodillas. Tan solo era un mensaje grabado. Pero para él, era algo muy valioso. Era su única conexión con su padre.

Era su hogar y su familia.

Se sintió menos solo.

Boba le dio una pequeña palmadita y lo deslizó dentro de la bolsa de vuelo.

Entonces se estiró y miró a su alrededor.

El Esclavo I estaba situado en una órbita alta. El planeta Kamino debajo de él estaba cubierto por tormentas. Parecía una canica de barro y nieve. En todos los lados, arriba y abajo, las estrellas le llamaban la atención.

Boba comprobó los sistemas de energía y los de soporte de vida. Tenía lo suficiente como para realizar un salto más al hiperespacio. Entonces tendría que repostar y reequiparse.

Boba recostó de nuevo y planeó su siguiente paso.

“Las cosas más importantes primero”, decía siempre Jango Fett. Y de acuerdo con él, o de lo que le había dejado, la primera tarea que tenía que hacer Boba era encontrar a Tyranus. El Conde Dooku. El hombre para el que Jango había creado el ejército clon.

Boba lo había visto en persona, por primera vez en Geonosis. Pero no estaba seguro que Tyranus había huido en el caos de la batalla en medio de la arena. No parecía que fuera de los que permitirían ser capturados por los Jedi.

¿Dónde se habría ido?

Boba cerró sus ojos y recordó la voz de su padre, hablando al Jedi en Tipoca City: "Fui reclutado por un hombre llamado Tyranus en una de las lunas de Bogden...."

Las lunas de Bogden. Ese sería el comienzo.

Boba hizo una búsqueda en la base de datos de la nave. Bogden era un planeta pantanoso inhabitado en un sector lejano, rodeado de "numerosos satélites pequeños."

Las lunas de Bogden...

Boba introdujo las coordenadas. Entonces encendió la hipervelocidad, y esperó por que pasara lo mejor.

Las estrellas empezaron a bailar como si el hiperespacio se arrugara alrededor de la nave. Boba se recostó y cruzó los dedos esperando lo mejor.

"Allá vamos, papá," Inspiró mientras cerraba los ojos. "Lo haré lo mejor que pueda para que estés orgulloso de mí."

Capítulo 19

Aunque Boba había estado buscando Bogden en la base de datos, no estaba preparado para lo que encontró cuando el Esclavo I salió del hiperespacio.

“¡Había un montón de satélites!”

Orbitaba lo que parecía un manojo de guijarros que alguien hubiera lanzado al aire.

Bogden era un pequeño, gris planeta, rodeado por pequeñas lunas. Boba contó diecinueve lunas antes de dejarlo. Era difícil de mantener el curso.

Había de todas las formas y tamaños. La más pequeña era apenas lo suficientemente grande como para que una nave pudiera aterrizar, mientras que los más grandes tenían espacio para alojar montañas, una o dos ciudades, e incluso un mar sin agua.

El día y la noche eran erráticos en estos mundos minúsculos. Algunos estaban a oscuras, otros recibían luz solar. Varios tenían atmósfera, la mayoría de ellos no la tenía. Boba los estudió, buscando alguna ciudad con espaciopuerto, o una población con espaciopuerto, o al menos una población.

Muchas de las lunas parecían deshabitadas. Boba rechazó un objeto en forma de pera que expelía emanaciones volcánicas, y otro a una que estaba cubierto de polo a polo con lápidas. Descartó uno que estaba cubierto con

plantas que parecían carnívoras. Y pasó por otro que estaba totalmente cubierto por hielo y otro que era todo cenizas humeantes.

Al final Boba localizó una luna que era lo más parecido a una esfera, la mitad en oscuridad y la otra iluminada. Al menos parecía habitada.

Se dirigió hacia la mayor agrupación de luces que pudo encontrar. La atmósfera era delgada y superficial, y pronto el Esclavo I estuvo en trayectoria de aproximación sobre lo que parecía una pequeña ciudad que se extendía entre varios valles de rocas.

El identificador le mostró el nombre de la luna como Bogg 4.

Boba se dirigió hacia un grupo de luces que parecían una pista de aterrizaje. Pasó al Esclavo I a vuelo en manual y lo hizo descender.

Con suavidad y sin problemas, y entonces...

¡Díós! Algo estaba golpeando la nave, casi como si fuera una tormenta.

Boba luchó contra los controles, intentando frenar el descenso.

Después recordó una broma que venía a decir así: "Lo malo no es la caída.

Lo único malo es el último centímetro."

Así fue con Boba. Hizo un aterrizaje perfecto excepto la última parte.

¡CRUNCH!

El Esclavo I se movió hacia un lado. Boba intentó enderezarlo, pero no consiguió rectificar el movimiento. Según el panel de control de daños, había doblado una de los amortiguadores del tren de aterrizaje.

Al menos no había nadie observándole. La pista de aterrizaje parecía desierta. Boba salió de la cabina para comprobar los daños.

Nada más verlos se desanimó. Parecían graves. Dos amortiguadores del tren de aterrizaje estaban en buen estado pero el tercero casi se había doblado.

No tenía idea de cómo solucionarlo. Cogió la bolsa de vuelo de la cabina y buscó el manual de reparaciones. Pero únicamente estaba el libro negro que le había dejado su padre.

Boba sacó el libro negro de la bolsa de vuelo. Tal vez hubiera algo que pudiera utilizar. Si lo había necesitado alguna vez, ¡era ahora!

El libro se abrió con facilidad. En su pantalla interior destellaban dos líneas, lo que parecía algo del código de Jango Fett:

“Nunca cuentes toda la verdad en una negociación. Un favor es una inversión.”

¡Maldita sea! No explica nada sobre el tren de aterrizaje, pensó Boba, mientras cerraba el libro.

Lo estaba devolviendo a la bolsa de vuelo cuando escuchó una voz aguda detrás de él: "¿De quién es esta nave?"

Boba se volvió.

Un pequeño humanoide se estaba acercando. Tenía los ojos pequeños y brillantes, un hocico largo y angosto, y piernas que en vez de pies tenían pezuñas. Boba lo reconoció por su barba y mentón púrpura turbante como un H'drachi del planeta M'Haeli. Pero modificado: Su brazo derecho había sido reemplazado con una herramienta multipropósito.

Llevaba un mono con unas palabras cosidas en el bolsillo.

HONESTO GJON

SERVICIO DE NAVES ESTELARES

“NOSOTROS SE LA ARREGLAREMOS”

"Mi nave," dijo Boba. Entonces recordó que tan solo tenía diez años, y se quedó mirando. "Quiero decir – que es de mi padre."

"¿Y dónde se supone que está tu padre?" Preguntó el H'drachi.

"Por el momento está indispuesto," dijo Boba. "Pero me lo puedes explicar a mí."

"Honesto Gjon a su servicio," dijo el H'drachi. "Esta es mi pista de aterrizaje. Lo que significa que me debes la cuota de aterrizaje. Y parece que tu nave también necesitaría también algunas reparaciones."

"Sí que lo parece," admitió Boba. Aún sintiéndose mareado, buscó en su bolsillo los créditos que le había dado Whrr. Había pensado utilizarlos para comprar comida y combustible. Pero ahora...

"¿Cuánto costaría arreglar un amortiguador del sistema de aterrizaje?"

Preguntó.

"¿Cuánto dinero tienes?" preguntó Honesto Gjon. Boba estaba a punto de decir doscientos cincuenta créditos, cuando recordó el libro negro: Nunca digas toda la verdad en una negociación. "Dos cientos créditos," le dijo.

Honesto Gjon le sonrió. "Mmm, mmm, que coincidencia. Es exactamente lo que cuesta." Tal vez el libro lo ayudara a reparar la nave después de todo, pensó Boba mientras le daba a Honesto Gjon doscientos créditos.

Aún tendría cincuenta créditos para sí mismo.

Además, como cortesía, el H'drachi estuvo de acuerdo en posponerle el pago de la cuota de aterrizaje.

Boba le dio a Honesto Gjon los códigos de acceso del Esclavo I y se dirigió hacia las luces de la pequeña ciudad. Tan pronto como empezó a caminar, entendió por que el aterrizaje había sido tan difícil. Algo estaba afectando Bogg 4. Apenas podía realizar diez pasos antes de terminar en una zanja.

Intentó mantenerse en pie – pero acabó cayendo de rodillas otra vez. Se sentía más mareado de lo que había estado nunca. Era como si el terreno se meciera bajo sus pies – y, sin embargo, todo parecía estable.

Las rocas permanecían estacionarias. El suelo no se movía.

Boba se movió de nuevo, con mucho cuidado. Dio un paso, luego otro. Tan cerca y tan lejos. El mareo iba y venía, y finalmente se dio cuenta de qué era lo que sentía que fuera tan extraño.

¡Era la gravedad! Era fuerte un momento, para debilitarse al siguiente momento, ahora llevándolo hacia delante, para después hacerle retroceder.

Iba y venía en forma de ola.

Boba empezó a moverse de nuevo, pero no lo tenía fácil, se apoyó en una pared de roca y corrió a lo largo de la carretera. Para el momento que llegó al final de la ciudad, ya había logrado caminar más o menos en línea recta.

O eso era lo que pensaba.

"Veo que eres un recién llegado." dijo una voz desde detrás de él. "Sí, un recién llegado, sí."

Boba se dio la vuelta y vio a un pequeño ser dentro de un largo abrigo negro. Parecía casi humano excepto que tenía plumas blancas en vez de pelo en su cabeza, y sus largos dedos eran ligeramente palmeados. Su cara estaba cansada, y tenía una mirada ojerosa, como si se hubiera encogido

"Te lo puedo explicar mientras caminamos," dijo el ser del largo abrigo negro. "A tu paso si quieres, sí"

"¿El qué?" Dijo Boba. El mareo le estaba haciendo sentirle mal de estómago, y no se sentía demasiado amigable. "¿Por qué la gravedad parece ir y venir como el viento?"

"Por qué es eso exactamente lo que sucede, sí." dijo el hombre, o fuera lo que fuera. "Es debido a las lunas que nos rodean, anulan la gravedad de las

otras lunas, para duplicar su fuerza un momento después. Lo que provoca que sea difícil de caminar. Es por eso que la población local prefiere volar, sí."

Boba intentó ver si tenía alas debajo de su largo abrigo, pero no las vio.

Entonces, ¿Eres un nativo de este planeta?

"¿De Bogg 4? No. De todas las lunas, sí. Hay que decir, que eres muy bueno, niño. Muy bueno, sí."

"¿Perdona?"

"Caminando. Casi has logrado adaptarte, sí."

Se presentaron el uno al otro mientras caminaban hacia la ciudad.

Aia (porque ese era su nombre) explicó a Boba que las lunas de Bogden eran alguna clase de paraíso para los fuera de la ley, donde las órdenes no eran obedecidas y no se hacían preguntas.

"¿Y eso que implica?" Preguntó.

"Esto significa que nadie se pregunta por qué un niño de diez años de edad se pasea por su cuenta. Nadie, sí."

Y era verdad. Boba era incluso más invisible allí en Bogg 4 que lo que había sido en Kamino o Geonosis. Las calles de la calle estaban llenas de una multitud de seres provenientes de cada esquina de la galaxia, todos caminando de la misma forma, y sin que nadie les prestara la más mínima atención a Boba o a su compañero.

La gravedad iba y venía en ondas mientras las lunas que tenía encima de él (y las que no podía ver debajo de él) pasaban o se iban, a veces se volvía todo oscuro, otras luminoso. Boba aún estaba mareado. Pero se iba acostumbrando.

"Así que dime, sí," dijo Aia. "¿Por qué estás aquí?"

"Para una visita corta," dijo Boba con cautela. No estaba completamente seguro de quién podía confiar y en quién no podía. "Busca a una persona que había contratado a un cazador de recompensas en concreto."

"Hay un montón de cazadores de recompensas en Bogg 4," dijo Aia.

"Son gente muy peligrosa. Ellos vienen aquí para intercambiar información. Obtener nuevos encargos. Y normalmente tan solo se asocian con otros cazadores de recompensas. Nunca con sus víctimas. ¿No tendrás a ningún cazador de recompensas detrás de ti? ¿Sí?"

Boba sonrió. "De ninguna manera. Soy el hijo de un cazador de recompensas."

"Paremonos aquí, entonces," dijo Aia, parándose en frente de una pequeña taberna a un lado de la estrecha calle. Un cartel de madera decía: LA GENEROSA RECOMPENSA "Aquí es donde vienen los cazadores de recompensas, sí."

Boba miró la ventana. El sitio estaba casi vacío. Podía ver largas mesas, candelabros, y un humeante fuego. "Te esperaré aquí, entonces," dijo Boba,

"Mientras mi nave está siendo reparada por Honesto Gjon."

"Honesto Gjon?" dijo Aia. "Oh diós mío, sí."

"¿Va algo mal?"

"Quería decir, no, nada. No tiene importancia. Te voy a dejar aquí, sí."

"¿No vienes conmigo?" Preguntó Boba. Aia era su único guía. Lo último que deseaba era estar solo en ese extraño lugar.

"No, mi, uh... mi religión me lo prohíbe, sí."

"¿Religion? ¡Y un pie reptiliano!" De pronto dos figuras aparecieron en la puerta abierta de la Generosa Recompensa. "¡No quiere entrar por que es un ladrón! Dijo uno. "¡Y él sabe que nosotros lo sabemos!" dijo el otro.

A su derecha tenía lo que parecía un humanoide con forma de pájaro con la piel de cuero y un amplio pico. Boba lo reconoció como un Diollano. A su derecha tenía un verdoso y reptiliano Rodiano. Boba sabía que una gran cantidad de miembros de ambas especies se habían convertido en cazadores de recompensas.

"¡Este ser está buscado por robar carteras!" dijo el Diollano.

"A mí también me ha robado," dijo el Rodiano.

Entre los dos agarraron a Aia, cada uno cogiéndolo por unos de sus delgados brazos. "Oh, no, sí, no!" gritó Aia, asustado. Se regiró e intentó zafarse pero no pudo liberarse.

Boba pensó en el libro negro: "Un favor es una inversión." Tal vez si le hacía un favor a Aia, se lo pagaría. O al menos tendría un guía. "¿Cuánto te debe?"

"Veinte credits," dijo el Diollano. "A mí lo mismo," dijo el Rodiano.

"Aquí lo tenéis." Boba contó cuarenta créditos, veinte para cada uno. Lo que le dejaba diez para él. Se preguntaba si tendría lo suficiente como para comprar algo de comida.

El Rodiano y el Diollano dejaron ir a Aia mientras contaban su dinero. Tan pronto como sus brazos estuvieron libres, Aia abrió su abrigo negro como una cometa, dobló las rodillas...

Y saltó. Hacia arriba. Disparado hacia la azotea, fuera de la visión de Boba.

Boba observó, desmayado. Allí se iba su inversión.

El Rodiano y el Diollano apenas se dieron cuenta de lo que pasaba. Se volvieron y volvieron al interior de la taberna. Boba los siguió. Era muy posible que se sintieran en deuda con él. Les había hecho un favor, después de todo, les había devuelto su dinero. "Tal vez me podáis ayudar" dijo.

"¿Sois cazadores de recompensas?"

"Lo puedes dar por seguro," dijo el Rodiano, con una sonrisa. "¿Y tú eres un cazador de recompensas?"

"Soy el hijo de Jango Fett," dijo Boba. "¿Lo conocéis?" El Diollano y el Rodiano miraron a Boba con un nuevo interés. Le llevaron a una mesa y le señalaron al posadero, el cual les entregó comida y te. El té tenía un sabor extraño pero hizo sentir a Boba menos mareado.

De hecho, cuanto más bebido estaba, menos mareado se sentía.

"Conocemos a tu padre," dijo el Rodiano.

"Un gran cazador de recompensas y un gran hombre," dijo el Diollano.

Boba les contó toda la historia de cómo su padre había muerto y todo lo que había sucedido desde entonces. Esperaba poder confiar en ellos por que habían sido los colegas de su padre.

De alguna forma, el hablar sobre la muerte de su padre le hizo sentirse mejor. Lo hacía parecer más como una historia que como una tragedia.

Boba se preguntaba si ese era el motivo por el que la gente contaba historias – para poder darles un final.

"Mi padre mencionó un cliente," dijo Boba. "Pensaba que tal vez pudiera encontrarlo aquí."

"¿Su nombre?"

"Conde, eh..." Boba recordó de pronto que Tyranus era un nombre que se suponía que nadie debía conocer. "Conde Dooku," dijo, usando el nombre que el conde había usado en Geonosis.

"¿Dooku?" dijo el Diollano.

"¡No está aquí!" dijo el Rodiano.

"Tienes que ir a - ¡Coruscant!" dijeron los dos a la vez.

"¿Estáis seguros?" preguntó Boba confundido. "Coruscant es el planeta donde la República y los Jedi tienen sus cuarteles. ¿Por qué estaría Tyranus allí?"

"¡Sí, sí, con absoluta seguridad!" dijo el Rodiano. "Ves a la taberna Brazaletes de Oro en Coruscant," dijo el Diollano.

"Dile al camarero a quién estás buscando," dijeron los dos al unísono. "¡Él sabrá de inmediato lo que se debe hacer!"

"¡Gracias!" dijo Boba. Intentó pagar su consumición pero los cazadores de recompensas insistieron en invitarle. Boba les dio las gracias y se dirigió hacia la pista de aterrizaje donde había dejado su nave con Honesto Gjon.

Tan pronto como se hubo marchado, el Diollano y Rodiano se miraron el uno al otro y empezaron a reírse.

"Esta es la mejor clase de recompensa," dijo uno. "¡Del tipo que se entrega a sí mismo y nos evita gastar combustible... y problemas!" dijo el otro.

El efecto del té estaba empezando a diluirse, podría explicar Boba, mientras se dirigía hacia la pista de aterrizaje de Honesto Gjon. Sintió que se mareaba de nuevo. No tan mareado como antes, pero aún lo estaba un poco.

Las lunas Bogden pasaban a través del cielo. Algunos eran pequeñas, otras eran grandes; algunas oscuras, y otras eran brillantes.

Boba apenas se podía creer la suerte que había tenido. Había escogido la luna correcta, Bogg 4. Se había encontrado con los cazadores de recompensas que le interesaban, el Diollano y el Rodiano. Y en su primer intento había localizado a Tyranus. E incluso había podido comer, ¡y no le había costado un crédito!

Un favor es una inversión. Se había pensado que le hacía un favor a Aia.

Pero en realidad se lo había hecho a los cazadores de recompensas, y se lo habían recompensado.

Ahora todo lo que tenía que hacer era coger su nave e ir a Coruscant.

Únicamente había un problema. La plataforma de aterrizaje estaba vacía.

El Esclavo I había desaparecido.

Capítulo 20

Boba se sentó en el suelo, bajo las lunas giratorias lunas de Bodgen. Se había mareado de nuevo. Los efectos del té habían desaparecido completamente.

Su nave se había ido. Así como el libro negro que contenía el código de Jango Fett, y el casco de combate de su padre, su legado.

Había perdido todo su dinero, excepto diez créditos.

Había perdido todo. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? ¿Cómo había podido fallarle a su padre de ese modo? ¿Cómo podía haber confiado en Honesto Gjon? Puso sus manos en la cabeza y la movió en un claro gesto de estar disgustado consigo mismo.

Entonces escuchó un ruido a su espalda. "Vaya, vaya, sí."

Era Aia. "Me lo temía," dijo el pequeño ser de la luna. "Es por eso que he vuelto corriendo. Pero he llegado tarde. Honesto Gjon es un estafador, sí."

"Tú también lo eres," Boba puntualizó. "Robas cosas."

"Tan solo mis dedos roban," dijo Aia, levantando ambos brazos. "Y tan solo lo que necesito, sí."

Para probarlo, te ayudaré a encontrar a Honest Gjon. No tan honesto, sí."

Boba sintió un rayo de esperanza. "¿A dónde vas?"

"A su tienda. Desmonta las naves por piezas Así no pueden ser rastreadas, sí."

"Debemos apresurarnos," dijo Boba, poniéndose de pie. "Antes que empiece a despiezar el Esclavo I. ¿Dónde está su tienda?"

Aia señaló hacia arriba, hacia un luna dentada.

"¡Oh, no!" Boba se sentó desesperanzado. "Se la ha llevado a otro mundo."

"Sí, por supuesto. Él piensa que no le puedes perseguir, sí."

"¡Pero tiene razón! ¡No puedo!"

"Pero tú puedes," dijo Aia. "Ven. Ven conmigo, sí." Cogió la mano de Boba y lo empujó hacia delante para que se moviera.

"Si tuvieras más años o fueras de una mayor tamaño, eso sería un problema, sí," dijo Aia mientras guiaba a Boba a través del camino. Tal y como están las cosas, tan solo lo tenemos que hacer, sí."

"¿Hacer el qué?" El camino se dividía y se dirigía hacia una colina rocosa que dominaba la pista de aterrizaje. El camino se desviaba y acababa sobre la colina que daba a la pista de aterrizaje.

"Ya lo verás, sí."

Boba vio – y no le gustó lo que vio. El camino terminaba en un precipicio.

Boba agarró la mano de Aia y se inclinó, miró hacia arriba, miró hacia abajo. Encima suyo, vio oscuridad, unas cuantas lunas, y muchas estrellas.

Debajo de él, tan solo veía oscuridad.

Se había mareado de nuevo.

"Las ondas de gravedad suben y bajan con las lunas, sí," dijo Aia. "Si consigues subir lo suficiente, y si sabes lo que estás haciendo, puedes utilizar la gravedad para desplazarte de una luna a otra. Como un pájaro en el viento, sí."

Todo pasó rápidamente, y Boba se dio cuenta lo que pasaba. Y no le gustó.

Retrocedió del borde del precipicio, pero no lo suficientemente rápido. Aia ya estaba saltando hacia delante – y empujando a Boba con él.

Boba estaba cayendo.

Y de pronto ya no lo estaba.

Estaba subiendo, flotando, lentamente al principio para ir aumentando su velocidad cada vez más rápidamente. Subiendo a través del aire.

"Tienes que usar los vectores, sí," dijo Aia, cuyo abrigo se había extendido como una cometa, como alas. Apretó la mano de Boba. "Cuando un vector deja de ejercer fuerza, tenemos que buscar otro que lo reemplace, sí."

Esperemos que funcione, pensó Boba.

Aia empujó a Boba con él. Cayeron hacia abajo un momento, y entonces empezaron a subir otra vez.

Eran pesados un momento, ligeros otro.

Boba ignoró el nudo que subía por su garganta tanto tiempo como le fue posible.

Entonces lo perdió.

"¡Pu-aj!" dijo Aia. "Si hubiera sabido que íbamos a hacer esto... habría... sí..."

"Me tendrás que perdonar," dijo Boba.

Cada momento que pasaba se sentía menos mareado. Cuanto más alto flotaban, más fácil se hacía. Todo lo que tenía que hacer Boba era agarrar la mano de Aia y seguirle. Otras figuras entraban y salían de entre las nubes. Todas ellas eran pequeñas como Aia.

Aia se dirigió hacia ellas.

"Nosotros somos los mensajeros, sí," le dijo a Boba. "Somos los únicos lo suficientemente ligeros como para viajar de un planeta a otro. Tú también, sí. Mientras estés conmigo."

No te preocupes, pensó Boba, agarrando la mano de Aia. ¡Estoy pegado a ti!

Estaba empezando a hacer frío. Boba miró hacia abajo. De inmediato deseó no haber mirado.

Bogg 4 era una pequeña bola de roca y polvo, a lo lejos. Las estrellas eran muy brillantes. Era difícil de respirar.

¡Estamos casi en el espacio! Pensó Boba. ¡Hemos subido muy alto!

"Hacia allí está Bogg 11, sí," dijo Aia, señalando hacia dónde una pequeña, y oscura luna estaba a punto de cruzar la órbita de Bogg 4. La gravedad estaba tirando de ambas lunas, mezclando sus nubes en largos arroyos, como algas.

"La espuma es donde las atmósferas contactan una con la otra," dijo Aia.

"Ahí es donde nosotros vamos a saltar, sí."

"Y si nos perdemos..."

"El espacio es frío," dijo Aia. "La eternidad es fría. Vamos, ¡Aguanta la respiración, sí!"

Boba aguantó la respiración. Pero no pudo mantenerla por mucho tiempo.

Sus dedos estaban adormecidos y rígidos por el frío. Sintió como se le escapaba la mano de Aia.

"No!" lloró Boba en silencio, ya que no había aire en el que se pudiera gritar o llorar.

No había aire para respirar.

Cerró los ojos. Estaba dando vueltas, sin peso, alejándose dentro de la gran nada. En el vacío del espacio. De la muerte.

Aquí vengo, papá, pensó. Es un sentimiento de tanta paz...

Entonces sintió como la gravedad empezaba a tirar de él, como dedos, con suavidad. Frenando su giro. Empujándolo hacia abajo.

Boba ya no podía mantener la respiración más tiempo. Tragó, esperando el frío golpe del vacío en sus pulmones.

En vez del vacío, inspiró aire. Era bastante tenue pero le supo muy bien a Boba.

Abrió sus ojos.

Aia lo cogió de la mano de nuevo.

Estaban flotando en el cielo de un mundo diferente. Un mundo más pequeño y contaminado.

"Bogg 11, sí," dijo Aia.

Fueron bajando hacia Bogg 11 dando grandes giros. Boba vio el Esclavo I, estacionado en un pequeño valle rocoso, rodeado de montañas de piezas de naves espaciales.

"Hemos tenido suerte, apenas acaba de empezar," dijo Aia. "Lo hicimos, sí."

Aterrizaron al lado de una pequeña colina. Boba aterrizó y rodó hasta detenerse. Se levantó, se quitó el polvo, y se dirigió por un camino de piedra hacia el Esclavo I.

Honesto Gjon los vio llegar y se los quedó mirando fíjamente. "¿Y que pasará si no la quiere devolver?" preguntó Boba.

Cogió una roca. Deseó haber tenido un láser. "No seas tonto," dijo Aia.

"Baja la roca".

¿Los ladrones tienen honor, sí?"

Sí. O eso es lo que parece. De alguna forma.

"No puedes acusar a alguien por lo que iba a hacer," dijo Honest Gjon, levantando las manos. La sonrisa del H'drachi's parecía genuina.

Boba agitó la cabeza con desesperación y miró en el interior de la cabina.

La bolsa de vuelo aún estaba en su interior. El casco de combate y el libro negro estaban en su interior. Tal vez hubiera honor entre ladrones después de todo.

Boba lo intentó con el libro, lo abrió.

"El dinero es poder."

Pero no ayudaba mucho, pensó Boba, desde que no tengo dinero. Cerró el libro y lo devolvió a la bolsa de vuelo.

Honesto Gjon observaba cada movimiento de Boba.

"¿Qué es lo que ha dicho?"

"Dice que se supone que vas a devolverme el dinero."

"¡De ninguna manera!" dijo Honesto Gjon. "He arreglado tu tren de aterrizaje, ¿O no?"

"Lo ha hecho, sí," dijo Aia.

"No puedes acusar a alguien por lo que iba a hacer," dijo Boba. Todos compartieron una sonrisa.

Pero mientras Boba sonreía, ya estaba intentando pensar en su siguiente movimiento.

Capítulo 21

Boba encontró que le gustaban los fuera de la ley de las lunas de Bogden.

El crimen tan solo era un juego para ellos. Eran de alguna manera como cazadores de recompensas.

"Coruscant es un lugar peligroso," dijo Honest Gjon, cuando Boba le contó donde iba.

"Y caro," dijo Aia. "¿Y tú no tienes dinero, sí?"

"Tengo credits," dijo Boba. "Supongo que tendrán que ser suficientes."

"Hay muchas formas de conseguir dinero," dijo Aia.

"Mediante el crimen, por ejemplo," dijo Honesto Gjon. "Suelo tener conocimiento de que algún dinero se mueve entre Bogg 2 y Bogg 9. Unos cuantos aventureros con una buena nave y un poco de suerte pueden coger todo lo que necesiten."

"Tú puedes ser unos de esos, sí," dijo Aia.

Boba estaba intrigado. El dinero es poder. "¿Estás hablando de secuestrar a alguien? ¿De robar?"

"De interceptar, más bien," dijo Honesto Gjon. "No es exactamente un robo, dado que no es dinero real. Son créditos falsificados. Son hechos en Bogg 2, entonces los envían en globos de aire ligero hasta Bogg 9 donde el alineamiento de las lunas es la más correcto."

"Las atmósferas tiran de los globos y estos pasan de un mundo a otro," dijo Aia. "Tal y como hemos hecho nosotros, sí."

"Un truco de contrabandistas," dijo Honest Gjon. "Y si sacamos algún globo durante su ruta, nadie lo hechará de menos."

"Se pensarán que simplemente se ha perdido, sí," dijo Aia. "Por supuesto, recogerlo en pleno vuelo requiere un piloto muy bueno con una muy buena nave. También tienes que ser lo suficientemente joven, sí."

"Quiero un tercio," dijo Boba. "¿Cuándo nos vamos?"

"En diez minutos," dijo Aia. Miró a Honesto Gjon y le guiñó el ojo. "¿Te dije que lo haría, sí?"

Desde el espacio, Bogg 2 parecía como una bola seca de barro, recubierta de montañas. Boba la sobrevoló lentamente, y colocó al Esclavo I en una órbita baja dentro de la atmósfera.

"Sin luces, sin sistemas eléctricos, sin radio," dijo Honesto Gjon. "De esa manera no podrán vernos. La jugada consiste en intentar cogerlos mientras ascienden. Si consigues acercarte, lo introduciré dentro de la escotilla."

"Debemos dejar pasar el primero, así no sospecharán nada, sí," dijo Aia.

"Entonces recogeremos el siguiente."

"Suena como un plan," dijo Boba.

"Mira," dijo Honesto Gjon. "Aquí llega el primero."

Le pasó a Boba un visor. Boba vio un globo rojo subiendo desde un valle.

Devolvió a Aia el visor. El globo subía con rapidez en la baja gravedad.

Pasó como un rayo entre el espacio tormentoso de ambas lunas. Una góndola iba agarrada debajo suyo, cargada con una bolsa de créditos.

¡Dinero! pensó Boba con una sonrisa. ¡El dinero es poder! Si su padre pudiera verlo. Sabía que estaría orgulloso.

"Aquí llega," dijo Honesto Gjon. El segundo globo ya estaba llegando.

Había una góndola incluso más grande colgando debajo de él. Lo que significaba más dinero, pensó Boba.

Aia lo siguió con el visor mientras indicaba a Boba hacia donde tenía que dirigirse, mientras Boba guiaba la nave. "Hacia atrás, ahora hacia delante.

Ahora hacia arriba, sí. ¡Magnífico!"

Honesto Gjon abrió la rampa y empujó el globo al interior. "¡Cógelo!"

"Magnífico," dijo Boba. "Ahora cerremos la rampa y vayámonos de aquí."

"Uno más," dijo Aia.

"Pensaba que el plan eran coger dos globos," dijo Boba. "Nos verán si nos quedamos tanto tiempo. Enviarán a alguien a ver lo que pasa."

"Uno más no puede hacer daño," dijo Honesto Gjon, mientras le mostraba con la mano una gran cantidad de créditos.

¿Y por qué no? pensó Boba. Más es mejor. Si el libro negro no lo decía,

¡Lo debería decir!

Hizo retroceder la nave y la colocó en una posición estacionaria, para adaptarse a las diferentes gravedades de las lunas a su alrededor.

"¡El número tres!" dijo Aia. Honesto Gjon fue a abrir la rampa.

El globo rojo cada vez estaba más cerca. Honest Gjon bajó para abrir la rampa e introducirlo en la nave. La gondola que llevaba debajo era incluso más grande que la del globo anterior.

¡Más dinero! Más es mejor, pensó Boba con una sonrisa.

"Oh, oh," dijo Honesto Gjon. "Tenemos un pequeño problema."

"Estáis todos arrestado por falsificación," dijo una voz ronca.

Boba se giró y vio Honesto Gjon en la puerta de salida. No estaba solo. A su lado había un soldado con uniforme de seguridad, sosteniendo un láser.

¡Oh, no! pensó Boba.

"No es nuestro dinero," dijo Aia. "Todo es un error, sí. ¡Lo devolveremos!"

"¿Y a quién le importa el dinero?" dijo el soldado, con una cruel sonrisa.

"Voy a confiscar esta nave en nombre de la ley. Esto es contrabando."

Boba estaba pensando: ¡De ninguna manera! ¿Entregar el Esclavo I, la nave de su padre? ¿Pero qué es lo que podía hacer con esa arma apuntando a su cara?

Entonces recordó una maniobra que Jango le había enseñado.

"Muévete, niño" dijo el soldado. "Y pon las manos donde pueda verlas.

¡Ahora!"

"Sí, señor." Boba puso el sistema en "TODO HACIA DELANTE" e introdujo un retardo en cuatro segundos. Entonces se levantó con las manos encima de la cabeza y lentamente empezó a retroceder de los controles mientras contaba en silencio: cuatro, tres...

El soldado sonrió. "Así está mejor," dijo, a la vez que se dirigía con su arma hacia la escotilla abierta. "Ahora probaréis un poco el aire, vosotros tres."

Dos, uno...

Boba inspiró profundamente, se agarró al asiento de piloto mientras los motores volvían a la vida y el Esclavo I saltaba repentinamente hacia delante. El soldado, Aia, y Honesto Gjon salieron volando a través de la nave y golpearon la puerta trasera con un golpe sordo.

¡PAM!

Boba se sento en el asiento y lanzó la nave en una giro cerrado. Honesto Gjon y Aia agarraron al aturdido soldado, uno de cada brazo y lo llevaron hasta la escotilla que aún estaba abierta, y lo lanzaron fuera.

Boba hizo muecas mientras ponía la nave de nuevo bajo control.

"Asesinato de un soldado de seguridad. ¡Nos hemos metido en un buen problema!"

"Tenía un paracaídas, sí," dijo Aia.

"De todas formas, no era un soldado," dijo Honesto Gjon. "Ese uniforme era tan falso como los créditos. Debía ser algún tipo de guardián de los créditos."

*

* * *

"¡Lo hicimos!" Dijo Boba mientras hacia bajar la nave hacia la pista de aterrizaje de Honesto Gjon. Su corazón aún latía con rapidez, pero había salvado el Esclavo I. Y había hecho algo de dinero, también.

"¿Cuántos créditos hemos conseguido?" preguntó. "Los dividiremos en tres partes, y así nos podremos ir de aquí."

"Tengo malas noticias, sí," dijo Aia. "Todos los créditos salieron volando cuando hechamos al soldado fuera."

"Todos menos uno," dijo Honesto Gjon. Pasó a Boba una nota de cien créditos. "Cógela, te la mereces. Y la vas a necesitar en Coruscant."

Boba puso el dinero en su bolsillo junto a los otros diez patéticos créditos que tenía. Aunque solo hubiera hecho un centenar de créditos, sentía que Jango Fett hubiera estado orgulloso de él.

Había sabido encontrar lo que necesitaba saber en las lunas de Bodgen.

Incluso había hecho algunos amigos (o, como Jango los hubiera llamado, aliados. No había amigos ni enemigos. Tan solo aliados a adversarios).

Era el momento de dirigirse hacia Coruscant y encontrar a Tyranus.

Le estrechó la mano a Honesto Gjon, pero Aia insistió en darle un gran abrazo. "Boba, continúa tu búsqueda, sí. Pero ten cuidado. Eres demasiado confiado. Vigila tu espalda, ¿Sí?"

"Sí," dijo Boba. "Gracias, Aia."

Se abrazaron otra vez, y entonces Boba entró en el Esclavo I para despegar.

Fue tan solo cuando ya estaba en espacio profundo, cuando ya estaba preparándose para saltar al hiperespacio cuando se dio cuenta que la nota de cien créditos había desaparecido de su bolsillo.

Así que solamente le quedaban diez créditos.

Capítulo 22

En las intrincadas relaciones que mantienen los planetas civilizados y a los medio civilizar que forman el Núcleo Galáctico, algunos planetas permanecen en la oscuridad y son difíciles de encontrar. Y otros son difíciles de ignorar.

Coruscant está en una segunda categoría.

Las coordenadas eran fáciles de recordar y también fáciles de introducir en el ordenador de vuelo de la nave: cero, cero, cero.

Es aquí donde se inició la civilización. En el corazón de los planetas del núcleo. En el centro del universo conocido.

Coruscant. El planeta que es una ciudad, la ciudad que es un planeta.

Boba se despertó cuando el Esclavo I salió de la hipervelocidad para pasar al espacio normal.

Movió la cabeza para despejarla de los sueños que siempre se producían durante los saltos al hiperespacio.

Y allí estaba. La legendaria ciudad planeta, cubierto por aceras y tejados, torres y balcones, parques y mares artificiales. Coruscant era una inmensa metrópolis que iba de un polo al otro del planeta.

Ninguna mancha verde ni ningún campo abierto, sin naturaleza, sin bosques ni capas de hielo. Coruscant era una enorme ciudad planetaria, cubierto por barrios de tugurios, palacios, parques y plazas. La República se mostraba en toda su gloria, dando la bienvenida al Esclavo I como habían dado la bienvenida a los peregrinos, los piratas, políticos y peticionarios desde el comienzo hacía milenios.

Y ahora recibía a Boba Fett. Un huérfano buscando complacer al fantasma de su padre.

Afortunadamente, Boba pudo introducir el Esclavo I en un ruta de aproximación suborbital, pasó al lado de los grandes espejos orbitales que reflejaban la luz del lejano sol de Coruscant.

La nave entró en la atmósfera y empezó a ir más lentamente. Boba descendió en largos giros, pasó entre las torres de soporte vital y las de energía, cerca de los jardines colgantes y de las zonas comerciales reservadas a visitantes inesperados. Con tráfico de naves por todos los lados, era una aproximación mucho más difícil que Kamino o las lunas de Bodgen. El corazón de Boba latía con fuerza. ¿Encontraría al Conde Dooku?

Sintió un golpe suave y dejó ir los controles del Esclavo I. La nave estaba bloqueada en piloto automático, siendo guiado “a distancia” por un microrayo tractor. La nave aterrizaría por sí misma.

A Boba ya le iba bien. Tenía otras cosas de las que preocuparse. Dinero, para empezar. Tendría que pagar los derechos de aterrizaje antes de poder despegar de nuevo. Después estaba el problema de los Jedi. Si estaban realmente detrás de él, tal y como le había advertido Taun We, debería dejar

algo que le sirviera de garantía en el Esclavo I. Podía ser arrestado tan pronto como bajara de la nave.

Necesitaba algo que le hiciera de guía. Tal vez el libro lo ayudara. Parecía abrirse cuando lo necesitaba, o al menos cuando tenía algo que decir.

Lo sacó de la bolsa de viaje. Con seguridad, lo abrió. Pero el mensaje era incluso más misterioso que lo habitual.

“Vigila las cosas que parezca que vayan demasiado bien.”

¡Yo no tengo ese problema! Pensó Boba. Cerró el libro, disgustado, y lo lanzó lejos. Observó nervioso como la nave se dirigía hacia el espaciopuerto, volando lentamente entre las torres y por debajo de los paseos iluminados y los jardines de Coruscant.

El Esclavo I aterrizó con facilidad. No se disparó ninguna alarma.

Boba bajó la rampa. Escaneó la pista de aterrizaje listo para salir corriendo si fuera necesario.

No había nadie observando. Nadie a su alrededor.

Eso era Coruscant. Nadie se preocupaba de una nave pequeña como la Esclavo I. O en su pequeño piloto de diez años.

La primera emoción de Boba al aterrizar fue de alivio.

La segunda fue miedo. Los Jedi tenían ojos y oídos en todas partes. Y especialmente en Coruscant. ¿Encontrarían a Boba antes que él encontrara a Tyranus?

Pero Boba no temía tanto a los Jedi como fallar. ¿Podría deshonorar la memoria de su padre, fallando en su primera prueba, en su búsqueda de Tyranus – y de su autosuficiencia?

"Bienvenido a Coruscant," dijo una inhumana voz droide.

"Seguro, sea lo que sea," murmuró Boba.

Llevando su bolsa de vuelo con su libro negro y el casco de combate, además de un par de mudas de recambio, saltó de la nave. Y se dirigió hacia las calles por las escaleras mecánicas.

Boba había leído lo suficiente sobre Coruscant como para saber que estaba todo subdividido según la clase y la función de cada uno.

Los niveles superiores eran para los ricos y los poderosos. Mirando hacia arriba, Boba podía ver sus torres y jardines alzándose entre las nubes.

Los niveles intermedios, donde él había aterrizado, eran para realizar negocios y para el placer. Las calles estaban llenas de criaturas de todas las partes de la galaxia, corriendo alrededor, comprando y vendiendo, o tan solo observando.

Se dice que los niveles inferiores son peligrosos. Son las zonas fuera de la ley, llenos de fugitivos, piratas y criminales – todos los habitantes del inframundo que vivían fuera de las leyes de la República.

Boba esperaba que todo le fuera bien en los niveles inferiores cuando encontrara el Brazalete de Oro. Ya había pasado por suficientes aventuras.

Lo único que quería era encontrar a Tyranus.

Boba había tenido suerte.

El Brazalete de Oro era un pequeño ajugero en la pared de la capa superior de los niveles inferiores, justo debajo de la capa inferior de los niveles intermedios.

Estaba lo suficientemente profundo como para que la luz fuera tenue y las luces de neon pudieran funcionar todo el día. Pero no lo suficientemente profundo como para tener que ir acompañado de una escolta armada para cruzar la calle.

Boba atravesó la puerta.

El bar estaba desierto a excepción del camarero, un ser de cuatro brazos el cual usaba dos de ellos para lavar vasos, uno para contar créditos y otro para limpiar el bar con un paño húmedo. Su piel era una de un rojo carmesí, y el nombre escrito en su chapa identificadora era Nan Mercador.

Boba puso su bolsa de vuelo en el suelo y se sentó en un taburete.

"¡No se permite la entrada a niños!" dijo Mercador, saliendo de detrás del mostrador y dirigiéndose hacia él. "¡Y eso te incluye a ti!"

"No soy un cliente," dijo Boba. "No he venido aquí a beber. Estoy buscando un... familiar. Llamado Dooku."

La cara del camarero se alegró.. "¡Dooku!" Miró a Boba con un nuevo interés. "Dooku. Oh, sí, por supuesto. Es un buen amigo mío. Deja que le haga una llamada."

Mercador comenzó a introducir números en la unidad de comunicación.

"¿Dooku? ¿Eres tú?" dijo. "Hay alguien aquí que quiere verte." La estática de la pantalla del sistema de comunicación de detrás del bar, sonaba como si fuera una llamada a larga distancia entre planetas. El camarero sonrió a Boba. "¿Qué te parece si tomas algún zumo mientras esperas?"

"Realmente no tengo dinero," dijo Boba.

"Está bien," dijo el camarero, limpiando la barra con una mano y llenando un jarra con las otras dos. "¡Esta invita la casa!"

El zumo estaba frío y le sabía a gloria. Boba apenas se podía creer su suerte. Había estado tan solo en Coruscant una hora o poco más, y ya se había encontrado con un amistoso camarero que conocía a Tyrannus (Perdón, ¡Dooku!), ¡y ahora estaba bebiendo un zumo gratis!

De pronto recordó el libro negro: Vigila las cosas que parezcan que van demasiado bien. ¿Podría ser que... ?

La estática de la pantalla de comunicación desapareció, y Boba pudo ver dos caras familiares. Ninguna de ellas era Tyranus. La de la derecha era el Diollano, el de la izquierda era el Rodiano. Los dos Cazadores de recompensas que se había encontrado en las lunas de Bogden.

"¡Es él!" dijo el Rodiano. "¡Cógelo! Puedes llevarlo a los Jedi, te recompensarán." Boba se bajó del taburete y empezó a correr. Pero era demasiado tarde. Fuertes manos agarraban su brazo derecho.

Y su brazo y su pierna izquierda.

Y su pierna derecha.

Nan Mercador salió de detrás del bar y lo levantó boca abajo, por el aire.

"¡Hey!" Aulló Boba. "¡Dejáme ir!"

"Ni hablar," dijo el camarero, sosteniendo a Boba sobre su cabeza. "¡Vales mucho dinero!"

"¡Estáis cometiendo un error!" dijo Boba.

"No es ningún error, niño," dijo el Rodiano en la pantalla de comunicación.

"Eres un cazador de recompensas," añadió el Diollano.

"Los Jedi saben que vienes," dijo el Diollano a Mercador.

"Te darán lo que te corresponde," dijo el Rodiano.

"La mitad debería ser para mí," dijo el camarero mientras empezaba a dirigirse hacia la puerta sosteniendo a Boba sobre su cabeza con sus cuatro brazos. "Os he ahorrado a los dos el problema de venir aquí."

"Demasiado tarde para eso," dijo el Rodiano.

"Ya está todo acordado," dijo el Diollano mientras lo agarraba.

La pantalla se apagó.

Piensa rápidamente, pensó Boba, mientras se retorció y golpeaba en vano cerca del techo. Y si no funciona, ¡Piensa con rapidez! Paró de retorcerse.

"No seas estúpido," dijo. "El conde Dooku te pagará el doble de lo que te pagarían los Jedi. Y no tendrás que compartirlo con nadie."

"¿No lo tendré que hacer?" Nan Mercador se detuvo Pero no dejó ir a Boba. "¿Estás seguro?"

"Totalmente," dijo Boba. "Bájame, y podré llamarlo por mí mismo. Le podrás preguntar por ti mismo."

"Debes pensar que soy un memo," dijo el Mercador, mientras sostenía Boba tan alto encima de su cabeza que casi tocaba el techo. "Además, no sabes su número. Acabas de preguntarme por él, ¿Recuerdas?"

"Solamente te estaba probando," dijo Boba, mirando una lámpara que colgaba del techo y que había quedado muy cerca de su pie izquierdo.

Solo estaba a unos centímetros. "Pero no tienes por que creerme. Lo puedes llamar tú mismo. El número es..."

Dijo un montón de números, esperando que sonaran como un número real.

Y aparentemente lo hicieron. El camarero dejó de agarrarlo con fuerza y empezó a bajarlo hacia la unidad de comunicaciones del bar. Boba estaba preparado para moverse. Tan pronto como liberó su pie, golpeó la lámpara tan fuerte como pudo.

¡CRASH! Se hizo pedazos, provocando un lluvia de cristal en el bar, sobre los taburetes, el suelo...

Mercador interpuso sus manos para proteger su cabeza del cristal que caía.

Boba cayó, directamente hacia abajo, cabeza abajo. En el último momento se lo montó para dar un giro en el aire y aterrizar sobre sus pies. Se volvió hacia la puerta, la cual se abrió con un suave deslizamiento.

Y reveló dos brillantes botas, que bloqueaban su camino. Encima suyo habían dos piernas esculturales. Y encima de ellas...

Una mujer, sosteniendo un láser amenazador. Agarró el brazo de Boba con una mano. Levantó la otra mano y disparó.

¡ZZZ-AAA-PPP!

El camarero aulló con dolor a la vez que caía al suelo en medio de los cristales rotos.

"Está configurado para aturdir," dijo la mujer. "Haz un movimiento en falso y lo configuraré para matar. "

"Magnífico," dijo Boba, mirando a su rescatadora. Parecía peligrosa. Lo que la hacía incluso más atractiva. "¿Quién eres?" Preguntó.

"Aurra Sing," dijo. "Pero eso no importa. Vamos a irnos de aquí."

A Boba no se lo tuvieron que repetir dos veces. Cogió su bolsa de viaje y la siguió por la calle, hasta llegar a un hovercraft que permanecía al ralentí en la estrecha calle.

"Cazadores de recompensas," explicó casi sin aliento. "Me han traicionado.

¡Nunca tendría que haber confiado en ellos!"

"Siempre puedes confiar en un cazador de recompensas," dijo Aurra Sing.

"Confiar en que harán lo que les paguen que hagan." Abrió la puerta del hovercraft. "Lo sé, por que yo también soy una cazadora de recompensas.

Entra, joven Boba Fett."

"¿Conoces mi nombre?"

"Por supuesto. Un cazador de recompensas siempre conoce el nombre de otro cazador de recompensas."

Boba retrocedió, listo para salir corriendo.

"¡Entra!" Aurra Sing colocó el láser en la brillante funda que combinaba con sus botas. "Es muy doloroso, incluso cuando está regulado en aturdir.

No me hagas probarlo en ti."

Boba se rindió y entró. Se sentó mientras el hovercraft despegaba. Pensaba que lo habían rescatado. Pero en vez de verse libre, ¡Lo habían vuelto a capturar de nuevo!

Mientras el hovercraft se elevaba más y más, a través de las torres y los jardines colgantes de Coruscant, Boba se recostó en su asiento, disgustado consigo mismo.

"Vigila cuando las cosas vayan bien." Lo tendría que haber sabido, pensó.

¡Nunca volveré a confiar en nadie!

Se sorprendió cuando Aurra Sing aterrizó su hovercraft en el espaciopuerto, al lado del Esclavo I.

"¿Me estás llevando a los Jedi?" Preguntó. "Creo que eres una cazadora de recompensas."

"Lo soy," dijo. "Pero nunca trabajaré para los Jedi. Mi cliente vive en otro planeta. Es por ese motivo que cogemos tu nave. ¿Sabes pilotarla, no?

"¿Y qué pasa si dijo que no?"

Ella acarició su láser de nuevo.

Boba abrió la rampa y comprobó los sistemas del esclavo I. Para su sorpresa, Aurra Sing pagó la cuota de los derechos de aterrizaje e incluso le dio una propina al droide.

"Sal de órbita primero," dijo. "Después entra en hiperespacio. Y sin bromas. No soy conocida por mi sentido del humor."

"Sin bromas," dijo Boba por lo bajo. Y entonces preguntó, "¿Te importaría explicarme quién a puesto un cazarecompensas detrás mío, y a dónde vamos?"

"Encontrarás al que te está buscando muy pronto," dijo. "Y a dónde vamos es un planeta del borde exterior llamado Raxus Prime."

"¿Perdona? Debo haber escuchado mal. Creo que has dicho Raxus Prime."

"Has escuchado bien."

"Pero – es un planeta inhabitable."

"Lo sé. Y ya vamos tarde. Salta al hiperespacio de una vez, y vámonos."

Capítulo 23

Boba había leído sobre Raxus Prime, pero nunca lo había visto en persona, ni en fotografías. Habían muy pocas. ¿Quién querría verlo?

Raxus Prime era el planeta más tóxico de la galaxia. Era el vertedero de las basuras y desechos de miles de civilizaciones.

No parecía tan malo desde la distancia. Como en Kamino, Boba pensó, cuando salió del hiperespacio, entrando en órbita. Eran todo nubes. Bellos remolinos de nubes, todas teñidas con escarlata, verde y amarillo.

Pero mientras el Esclavo I descendía entre las nubes, Boba vio que realmente estaban hechas de humo, gas tóxico y vapor. El olor era tan fuerte que incluso penetraba los sistemas de la nave. El hedor era horrible pero los colores eran preciosos cuando el Esclavo I cruzó la línea entre la parte oscura y la parte iluminada del planeta.

La contaminación creaba la ilusión de un bello amanecer.

El olor no parecía molestar a Aurra Sing. En verdad nada parecía molestarla. "Vuela lentamente," dijo. Era lo primero que decía en horas.

Todo el viaje desde Coruscant había estado en silencio.

Ya le iba bien a Boba. Él tampoco le tenía nada que decir a ella. Ella no era su aliada pero tampoco su adversaria.

Mientras el Esclavo I descendía más lentamente, Boba vio la superficie de Raxus Prime por primera vez. Estaba cubierta por escombros, chatarra y basura, amontonadas en enormes pilas y filas retorcidas como grotescas montañas. Naves despezadas y oxidadas, armas quemadas, maquinaria destrozada. Pilas de vidrio y acero yacían medio enterrado bajo montones de escoria. Y todo ello rezumaba vapor y humo, suciedad.

Ya que todo parecía muerto, debía estar vivo. Boba vio diminutas criaturas de color marrón corriendo a través de los aceitosos desperdicios. Vio pájaros del color de la mierda, como cagarrutas lanzadas contra el cielo. No había ciudades, pero cada pocos kilómetros una chimenea lanzando humo indicaba el lugar donde se situaba una refinería o una planta de reciclaje, controlada por droides que se apresuraban a procesar las manchas de aceite.

"Más lentamente, chico."

Aurra Sing consultó unos datos en su reloj de pulsera. "Debería estar por aquí, en algún lugar. Mira por la montaña desequilibrada y en el lago – ¡Allí está!"

La "montaña" era un montón asqueroso de desechos de miles de metros de alto. Retorcidos y sin hojas, árboles mutantes crecían de sus soladas laderas, alimentados por la continua lluvia que caía de las hediondas nubes.

El "lago" era una piscina de líquido luminiscente del color de la bilis.

Siguiendo las instrucciones de Aurra Sing. Boba hizo aterrizar la nave sobre un terreno llano entre el lago y la base de la montaña.

"No la apagues."

"¿El qué?"

"La nave. Mantenla en funcionamiento. Me voy de aquí. Tú te quedas. Eso es todo."

"¡No me puedes dejar aquí!" "¡No puedes robarme la nave!" dijo Boba.

"¡Quién dice eso? La nave es mi paga," dijo Aurra Sing. Abría la compuerta y bajó la rampa. "Hay una puerta en un lado de la montaña. Tan pronto como te deje, se abrirá para ti. Mi cliente te está esperando en el interior. No olvides tu bolsa."

La lanzó fuera, en el hediendo y asqueroso "suelo." Boba corrió para volver a entrar pero la Aurra cerró la rampa antes que pudiera hacer nada.

"¡No me puedes dejar aquí!" Boba gritó, golpeando el casco de la nave.

"¡Me escaparé!"

"¡Mira a tu alrededor – no creo que lo hagas!" Le devolvió el grito. "Me voy, buena suerte, Boba Fett. Espero que puedas conseguir la misma reputación que tu padre. Él era algo único. Quien sabe, quizás tú también lo seas un día. Me ha gustado como manejaste a ese camarero."

Boba apenas se lo podía creer. ¡Ella lo había rescatado, para luego traicionarlo, robarlo y luego acompañarlo! Y ahora estaba a punto de dejarlo solo en uno de los peores mundos de la galaxia. Golpeó la escotilla con rabia, pero en vez de abrirse, se cerró con un silbido.

Se sentía realmente solo. No había nadie en el que él pudiera confiar.

Los motores de la nave empezaron a funcionar. Boba conocía ese sonido.

Volvió sobre sus pasos, al exterior. Y pudo observar con impotencia como la nave, se elevaba entre las nubes y desaparecía.

Una vez más, se sintió peligrosamente cerca de ponerse a llorar. Al mismo tiempo, apenas podía respirar. De repente, oyó un sonido detrás de él.

Se dio la vuelta. Una puerta en la ladera se deslizó a un lado. En el interior, Boba pudo ver una sala fuertemente iluminada, que llevaba a una escalera alfombrada.

Boba no esperó a ser invitado. Tosiendo, corrió hacia el interior.

¿Y ahora qué? Pensó Boba cuando la puerta se abrió de golpe.

Antes que tuviera la oportunidad de contestar a su propia pregunta, escuchó una voz detrás de él. "Bienvenido a Raxus Prime, Boba Fett."

La voz era familiar. Allí estaba la delgada, y lineal cara con aquellos dos ojos de ave de presa.

"¡Conde Tyranus! Quiero decir, ¡Conde Dooku!"

"Ahora estás entre amigos, Boba," dijo el Conde. "Puedes pedirme todo lo que necesites. Yo te lo proporcionaré."

"Mi padre me contó cómo encontrarte," dijo Boba.

"Y se aseguró que así sucediera," dijo el Conde. "Veo que Aurra Sing hizo un magnífico trabajo y te trajo aquí sano y salvo."

"Sí, señor," dijo Boba. "Quiero decir, no señor. Ves, ella robó mi nave, y es..."

El Conde sonrió y levantó la mano. "No te preocupes. Tu nave está a salvo.

Todo estará bien a partir de ahora. Debes estar cansado." Boba asintió. Era verdad.

"No te preocupes por eso," dijo el Conde, colocando su fría mano en la cabeza de Boba. "Ven, déjame mostrarte tu habitación. Deja que lleve tu bolsa."

Boba lo siguió mientras subían las escaleras. Las alfombras eran suaves.

¿Quién se hubiera imaginado que habría ese tipo de elegancia en ese planeta lleno de porquería? Incluso el aire era suave. Tan solo se podían oler ciertos retazos de lo que habían en el exterior.

"Tengo grandes planes para ti, Boba," dijo el conde. "Planes que harán que tu padre esté orgulloso. Pero primero necesitas descansar. Debes estar cansado después de todos tus viajes."

Boba asintió. Había pasado por una gran cantidad de aventuras durante los últimos días. La persecución del caza Jedi en Geonosis, el escape de la Jedi a la vuelta en Kamino, la recuperación de su nave y el robo que había salido mal en las lunas de Bogden, los esfuerzos con el camarero en Coruscant...

Había perdido su nave, pero la podía recuperar. El conde lo había prometido, ¿o no lo había hecho? De algún modo lo había dicho sin comprometerse.

Se dio cuenta que era una gran cantidad de información para un niño de diez años. Estaba cansado. Pero también estaba confundido. Sabía que debía estar contento. Había tenido suerte. Había conseguido completar la primera parte de su búsqueda. Había encontrado a Tyranus. Ahora podría alcanzar la sabiduría...

¿Entonces por qué había sentido un toque gélido cuando el conde había puesto su mano encima de su cabeza?

Seguramente eran tan solo nervios, pensaba Boba mientras seguía al Conde mientras subían las escaleras hacia su habitación, y hacia su incierto futuro.

Continuará...

Document Outline

OceanofPDF.com

?? ??

?? ?? ??

??

??

??

??

??

??